



**DIEZ COLUMNAS PARA EL MATRIMONIO
SEGÚN LAS SAGRADAS ESCRITURAS.**

Pr. Joaquín Yebra.

Villa de Vallecas, Floreal, 2014.

**COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER
DE VALLECAS-VILLA.**

Contenido:

INTRODUCCIÓN:.....	2
¿QUÉ ES AMAR?	8
LA PRIMERA COLUMNA.....	14
LA SEGUNDA COLUMNA.....	19
LA TERCERA COLUMNA.....	24
LA CUARTA COLUMNA.....	34
LA QUINTA COLUMNA.....	36
LA SEXTA COLUMNA.....	41
LA SÉPTIMA COLUMNA.....	43
LA OCTAVA COLUMNA.....	48
LA NOVENA COLUMNA.....	50
LA DÉCIMA COLUMNA.....	52
GRANDES ERRORES EN EL CAMINO MATRIMONIAL.....	55
CONCLUSIÓN.....	59

INTRODUCCIÓN:

Lucas 6:31-33:

“Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo.”

Muchos nunca lo han pensado, pero a amar también se aprende.

Y creemos firmemente que el seguimiento de nuestro Señor Jesucristo, Mesías de Israel y Deseado de todas las naciones, es la mejor escuela de amor del mundo.

Ese es el propósito de este trabajo que dedicamos a todos los varones y mujeres a cuyas manos llegue y estén o quieran acometer el santo estado del matrimonio.

Nos mueve a escribir estas páginas la ola de separaciones y divorcios que se están dando en nuestra sociedad en general, y que lleva alcanzando a nuestros círculos cristianos en los últimos años, comprendidos muchos pastores y destacados siervos de nuestras comunidades.

Pocos quieren enfrentar el problema. Prefieren esconder la cabeza bajo el ala y mirar en otra dirección. Tristemente, esto es habitual entre nosotros, pero no creemos que sea la voluntad de Dios que actuemos de semejante guisa.

En este trabajo no sólo hacemos referencia a textos de las Sagradas Escrituras, sino también a pensamientos de los sabios antiguos de Israel, quienes transmitieron muchos consejos respecto a la vida matrimonial, la mayoría de los cuales han sido tristemente ignorados por la cristiandad organizada, ya que la Iglesia institucionalizada y canonizada procuró borrar sus raíces judías en detrimento de la fe.

El matrimonio según Dios nuestro Señor nace del amor, se basa en la santidad y está consagrado a la vida, cuyo Autor es el Eterno. De ahí que el amor, si es verdadero, nunca deja de ser.

El matrimonio, pues, no es simplemente la unión de dos cuerpos y dos almas separadas que se unifican mediante un rito sacramental o litúrgico, sino que toda la vida ha de ser la realidad de dos almas que se buscan entre sí.

Esa búsqueda es resultado del vínculo amoroso que sólo en Dios tiene su origen y su trascendencia.

Se trata de un misterio tan divino y maravilloso que para los sabios antiguos del pueblo de Dios fue comparado a la separación de las aguas del Mar Rojo para que los israelitas pudieran pasar por en medio, y el viento del Espíritu soplara

para secar el fondo lodoso del mar, y el pueblo pudiera atravesarlo sobre suelo sólido.

Esta comparación del matrimonio con el cruce del Mar Rojo fue explicada por los sabios diciendo que lo más extraordinario del milagro no fue la separación de las aguas propiamente dicha, ni siquiera el secado del fondo, sino que aquello duró hasta que todos los hebreos hubieron atravesado el mar y estuvieron a salvo de sus enemigos, en tanto que el ejército faraónico que les perseguía pereció ahogado tras ellos cuando las aguas volvieron a juntarse.

Llevamos muchos años instando a los novios a ocuparse más en los preparativos del matrimonio que van a emprender que en los arreglos de la celebración, pues ésta sólo dura unas horas, mientras que el matrimonio es un proyecto y un compromiso para toda la vida.

La celebración nupcial requiere preparación, pero no es comparable con la que demanda la construcción de un hogar para que sea sólido y permanezca sobre la Roca del Señor.

Lo milagroso del matrimonio no es la celebración nupcial ni su ceremonia, sino la duración del vínculo y la sabiduría de lo alto que se precisa para hacer que funcione con estabilidad y sea duradero.

Por eso creemos que no es coincidencia que la celebración nupcial se denomine en hebreo “kidushin”, “*santificación*”, de la raíz “*kadosh*”, es decir, “*santo*”. Sobre esto volveremos más adelante.

La llamada de Dios nuestro Señor es a que santifiquemos todos los aspectos de nuestra vida, físicos, espirituales, emocionales e intelectuales, y, naturalmente, también ha de ser santificado el matrimonio como elemento de suprema importancia en la vida de los hijos e hijas de Dios.

Las diez columnas a las que vamos a dedicar estas páginas no pretender ser lecciones de amor, sino simplemente unos principios que sin duda nos podrán ayudar, siempre que nuestro fundamento sea el propio Dios.

Aprender a amar incumbe tanto a los casados como a los no casados.

La crisis en la familia, en el matrimonio y en toda la sociedad tiene sus raíces primarias precisamente en la incapacidad para amar, que bloquea el corazón de muchos hombres y mujeres en nuestra sociedad.

Por eso es importante, cuando unos hermanos amados nos convocan para pronunciar unas promesas de amor y fidelidad ante Dios y una congregación, que consideremos algunos errores fundamentales sobre los que muchos basan su vida matrimonial. Y lo que es más importante: Cómo evitar caer en dichos errores.

Frecuentemente, fundamentamos el éxito de los matrimonios en los sentimientos de nuestras relaciones.

Sin embargo, la Palabra de Dios nos advierte que necesitamos confiar mucho más en el amor sacrificial de Dios que en nuestros sentimientos para que nuestro matrimonio funcione conforme a la voluntad divina.

¿Por qué? Porque los sentimientos humanos son inestables y cambiantes por definición, pero el amor de Dios permanece para siempre.

Recordemos las palabras cortas, claras y concisas del Apóstol Pablo al respecto en 1ª Corintios 13:8: *“El amor nunca deja de ser”*.

Hay honda miseria y dolor en muchas vidas matrimoniales, en muchas familias y en muchas de las relaciones interpersonales, y eso se debe primordialmente a cuatro motivos fundamentales que vamos a considerar a continuación:

Primeramente, porque basamos nuestras relaciones en expectativas totalmente irreales.

Vivir de forma no realista es una de las mayores fuentes de problemas y dolores en la pareja, entre los miembros de la familia y también con nuestros amigos, compañeros y hermanos en nuestras comunidades cristianas.

Muchos creen equivocadamente que el matrimonio será la gran contribución para vivir felices, como si la unión matrimonial fuera un rito mágico.

Quizá esto se debe principalmente a haber asociado el casamiento a un rito sacramental que Roma ha enseñado, y sigue enseñando, que es un sacramento que imprime carácter cuando se celebra ante un clérigo autorizado al efecto.

De hecho, en la mayoría de los círculos cristianos y no cristianos la solemnización matrimonial tiene mucho de rito mágico o psuedomágico, dando lugar a creer que el oficiante es quien realiza la unión, olvidando completamente que dicho clérigo empieza por no ser el verdadero *“oficiante”*, sino simplemente quien preside una solemnización, y que los verdaderos oficiantes sólo son dos, el novio y la novia contrayentes.

Esto es lo que algunos tenemos la costumbre de denominar *“el mito de la hierba siempre más verde en el jardín del vecino”*. Vamos a tratar de explicarlo:

De lejos, siempre nos parece que la hierba del jardín de al lado es más verde, más espesa y mejor cuidada que la nuestra. Y no siempre es así, porque cuando nos acercamos, comprobamos que estábamos equivocados, que sólo era un mero efecto óptico.

Se cuenta la anécdota de aquel médico que visitó un hospital mental en el que vio a dos pacientes que se golpeaban la cabeza contra una pared acolchada. Ambos estaban enamorados de una joven llamada Linda.

Cuando les preguntó por qué hacían semejante cosa absurda, uno dijo que lo hacía porque no se había sabido ganar el amor de la joven Linda, y el otro respondió que él lo hacía porque sí se lo había sabido ganar.

El matrimonio no nos hará felices, pero sí podremos llevar felicidad o mucho dolor a nuestro matrimonio.

El matrimonio es como la libertad –y como todos los demás conceptos abstractos–, que no significa nada a menos que sepamos de qué somos libres y para qué lo somos.

El matrimonio es como nuestros ordenadores, que de nada sirven si están vacíos.

Un viejo amigo solía decir que las mejores y más duraderas tuberías serían sólidas, pero entonces no servirían para conducir ningún fluido.

El que nos hará felices, dentro y fuera del matrimonio, será el amor de Dios, que supera todo conocimiento, y que sólo el Santo Espíritu puede derramar en nuestros corazones.

Por eso es que hay tantas parejas que se hunden tan pronto quedan atrás las *"campanas de boda"* y brota el primer conflicto.

Porque nadie quizá les enseñó que la diferencia entre los esposos, como entre los padres y los hijos, y los hijos entre sí, es lo que nos permite crecer y desarrollarnos, por cuanto no somos ni *robots* prefabricados en serie ni clones de laboratorio.

De ahí la importancia de distinguir entre el amor humano y el amor de Dios.

Nuestro Señor Jesucristo nos da tres lecciones magistrales en el Sermón del Monte, pilares robustos para la práctica del amor, tanto dentro del matrimonio como en cualquier otra relación.

Primeramente, si amamos a quienes nos aman, ¿qué mérito tenemos?

El amor humano depende de la persona a quienes hemos decidido amar.

Nuestra tendencia natural es amar a quienes ostentan una gran belleza o una gran personalidad o unos valores que sobrepasan a los demás.

Una mujer cuyo rostro había sufrido terribles quemaduras me dijo que cuando su esposo llegó al hospital y vio la situación en que se hallaba, exclamó horrorizado: "¡Tú no eres la mujer con quien me casé!"

Salió del hospital, la abandonó y pronto contrajo matrimonio con otra mujer más joven y más bella.

El amor humano responde a este principio: *"Si tú cambias, mi amor por ti también cambiará."*

El amor humano es condicional y transaccional. Por eso es de suma importancia casarse con la persona adecuada, pero mayor importancia tiene todavía que nosotros seamos *"la persona adecuada"*.

Esto es exactamente igual que cuando nos preguntamos quién es nuestro prójimo. La pregunta es equivocada. La correcta es *"¿de quién somos nosotros prójimos?"*. Es decir: *"¿A quiénes nos aproximamos?"*

En segundo lugar, recordemos que el mandamiento de nuestro Señor es *"amad a vuestros enemigos"*.

Esta es una de las muchas enseñanzas –prácticamente todas- de nuestro Señor Jesucristo, que no podemos hallar en los credos y confesiones de fe de las denominaciones cristianas, tanto antiguas como modernas.

Tengamos muy presente que el Amor de Dios se basa en el Amante, y el Amante es Dios, quien es Amor... Por eso es posible amar a los enemigos.

Así lo hizo nuestro Señor y Maestro, hasta el último momento, en la Cruz del Calvario, pidiendo el perdón divino incluso para quienes le habían escarnecido y torturado y estaban crucificando.

Una pareja que confesaban ser cristianos vinieron a verme un día para pedirme que aprobara su divorcio, porque ya no sentían nada el uno por el otro.

Le dije al esposo que amara su esposa como Cristo amó a su iglesia.

Me respondió que no podía hacerlo. Y añadió que aquello era muy bonito decirlo, pero imposible de llevar a afecto.

Le dije entonces que amara su esposa como se amaba a sí mismo.

También me respondió diciendo que no podía hacer tal cosa.

Entonces le dije que Jesús nos pide que amemos a nuestros enemigos, y que quizá debería empezar por ahí.

También quiero contaros la anécdota de *aquella mujer que le pidió a su abogado un divorcio bien duro, mediante un proceso legal en el que hiciera a su marido todo el daño posible y en todos los sentidos imaginables, sacándole todo el dinero posible hasta procurar dejarle en el mayor endeudamiento y la ruina total.*

El abogado sugirió a aquella mujer que se volviera amable y cariñosa con su marido durante tres meses, transcurridos los cuales procedería al divorcio como si fuera la explosión de una bomba inesperada, y de ese manera lograría hacerle todavía mucho más daño.

La mujer aceptó gustosa la sugerencia de su abogado y la siguió al pie de la letra.

Tres meses después el matrimonio estaba reconciliado y vivían felices de la vida.

¿Cómo podemos llegar a amar a nuestros enemigos? Del mismo modo que a nuestros amigos, a nuestros esposos, a nuestros hijos, a nuestros hermanos y compañeros... ¡Bendiciéndoles! ¡Benedicid y no maldigáis!

No debemos olvidar la necesidad de bendecirnos un solo día el uno al otro.

No perdamos de vista que poner las necesidades del otro por encima de las propias es la manera más práctica de bendecir y de amar al estilo de Jesús.

En tercer lugar, amando a amigos y a enemigos mostraremos que somos hijos de nuestro Padre Dios.

Así, amando, es como el matrimonio se convierte también en una institución evangelizadora.

Cuando hallamos personas difíciles de amar, que sin duda las hay, y algunas particularmente duras de tratar, encontramos igualmente oportunidades de crecer y desarrollarnos.

Es por eso que, aunque no sean muchos quienes se atrevan a decir estas cosas, ni públicamente ni por escrito, nosotros sí lo hacemos y afirmamos que el perdón es componente imprescindible del amor, y, por tanto, absolutamente necesario en la vida matrimonial.

La causa principal de la tristeza de muchas parejas es el orgullo y la soberbia que inducen a la falta de perdón.

Es igualmente la causa principal en la mayoría de los fracasos matrimoniales.

Una pareja me consultaron para pedirme que les ayudara porque no lograban intimar en su vida matrimonial.

Cuando la mujer logró confiar en mí y abrió su corazón, me confesó que su padrastro abusó de ella cuando era niña, lo que no había compartido con nadie desde la infancia...

Le rogué que desde su fe en Cristo y bajo la unción del Espíritu Santo perdonara a su padrastro.

Le resultó duro hacerlo, pero al fin lo logró, y tan pronto aquel perdón fue auténtico, la vida íntima de aquella mujer con su esposo comenzó un proceso de notable mejoría.

Aquella confesión me ayudó a enfrentarme personalmente al hecho del número tan elevado de mujeres en nuestras congregaciones cristianas que han sufrido agresiones sexuales en la infancia o pubertad de parte de padres y otros miembros de su familia cercana, y lo han guardado durante muchos años, lo que ha contribuido sobremanera en la dificultad de su relación con sus esposos y con otras personas.

Tengamos presente que el Espíritu Santo de Dios es la fuente inagotable de amor con el que amar a quienes resulta difícil e incluso imposible humanamente amar.

Pero del mismo modo, es igualmente la fuente inagotable para el perdón, la reconciliación y la restauración, del matrimonio según la voluntad divina y de todas las demás relaciones humanas.

Quiera Dios que su amor, que supera todo conocimiento humano, reine en nuestros corazones, de tal manera que no sólo podamos amarnos y apoyarnos mutuamente, sino también darnos la gracia del perdón, de tal forma que nuestra manera de amarnos y respetarnos sea un testimonio innegable de la presencia de Jesucristo por su Santo Espíritu en nuestras vidas ante todos cuantos nos conozcan y nos traten.

¿QUÉ ES AMAR?

“Sin un corazón lleno de amor y sin unas manos generosas, es imposible curar a un hombre enfermo de soledad.”

Teresa de Calcuta (1910-1997).

El “Amor” es palabra muy usada, pero que permanece siendo enigmática, y, al mismo tiempo, denota una fuerza que da sentido a la vida.

Ahora bien, el amor genuino poco tiene que ver con las versiones que nos llegan de la literatura, del cine y de la televisión.

El amor verdadero es trascendencia, por lo que equivale a unir fuerzas ante Dios, de manera que si es verdadero forma parte integral de nuestra relación con Dios, es decir, de nuestra espiritualidad.

Y la espiritualidad es la predominancia del Espíritu sobre la materia, a millones de años-luz de la mera religión organizada e institucionalizada en conformidad con intereses que no suelen tener nada verdaderamente espiritual.

Por eso es que el amor va más allá del intercambio de sentimientos de ternura.

Pero también es menester reconocer que el amor es un acto divino, por lo que cuando es genuino está imbuido de divinidad.

¿Nos hemos preguntado alguna vez por qué necesitamos el amor?

Es innegable que desde que nacemos iniciamos la búsqueda de Dios dentro de nosotros mismos.

Lo que llamamos “amor” es en realidad la búsqueda de Dios desde el origen del hombre.

Esa es la razón por la que cuando decimos que amamos a Dios, pero no amamos a nuestro prójimo, no estamos amando a Dios y viceversa.

Así es como podemos aproximarnos al entendimiento del Mandamiento Divino:

Levítico 19:17-18: “No aborrecerás a tu hermano en tu corazón; razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado. No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo YHVH.”

Deuteronomio 6:4-5: “Oye, Israel: YHVH nuestro Dios, YHVH uno es. Y amarás a YHVH tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas.”

Mateo 22:34-40: “Entonces los fariseos, oyendo que había hecho callar a los saduceos, se juntaron a una. Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó para tentarle, diciendo: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.”

Necesitamos empezar por amarnos a nosotros mismos para crear armonía entre nuestro cuerpo y nuestra alma.

Sólo de ese modo podemos despejar las nubes que enturbian nuestra mente y corazón.

De lo contrario, nunca podremos amar a nuestro prójimo, ni hallaremos el camino para amar a nuestro Dios.

Podemos incluso desarrollar formas tóxicas de amor hacia los demás e incluso hacia nosotros mismos.

Reconozcamos que el amor carnal es condicional. Amamos con la condición de que nuestras necesidades sean satisfechas.

Cuando esa clase de amor no cumple nuestras necesidades, rechazamos a la persona que hemos escogido para amar, por cuanto nos resulta ya inservible.

Cuando el precio de nuestro amor se vuelve muy alto, y caemos en la cuenta de que estamos dando mucho más de lo que estamos recibiendo, dejamos de amar.

El amor carnal se disipa cuando sus condiciones no se cumplen, por cuanto es mercantilista, como todas las demás relaciones de nuestra sociedad.

Por el contrario, el amor verdadero se eleva por encima de sus propias necesidades.

Salimos de nosotros mismos y conectamos con el alma de la persona amada.

El amor carnal es temporal, mientras que el amor verdadero no conoce fin.

Así lo expresa el Apóstol Pablo con el menor número posible de palabras: 1ª Corintios 13:8: “El amor nunca deja de ser.”

Sin amor sería imposible vivir en paz y respetar las necesidades de los otros.

De ahí que sin amor sea imposible tratar a los demás con la misma compasión con que querríamos nosotros ser tratados.

El amor verdadero crea riesgo y vulnerabilidad. Esto es totalmente inevitable.

Todos queremos amar; es una necesidad universal; pero se nos ha enseñado en nuestra cultura a no correr el riesgo de confiar en los otros.

Dice ese nefasto proverbio tan nuestro: *“Piensa mal y acertarás.”*

Amar tampoco significa abrumar a la persona amada con lo que nosotros pensamos que ha de ser bueno para él o para ella.

Amar es apreciar la singularidad de la persona amada, comenzando por nuestra familia y extendiéndonos hacia los demás.

El amor requiere sanidad y disciplina, tanto individual como comunitariamente, por cuanto sólo el amor produce la unidad cósmica, entre los humanos y Dios, y entre Dios y el resto del Universo.

El olvido de esta realidad produce la inmensa incomunicación de nuestros días, cuando paradójicamente contamos con el mayor y más eficiente número de medios de comunicación de todos los tiempos.

Nunca han estado las relaciones humanas tan dañadas como hoy. ¿Será porque no tenemos mucho que comunicarnos?

No existe un solo ser humano que carezca de la facultad de dar.

Por eso es que no existe nadie incapaz de amar, por cuanto la esencia del amor radica en darse.

Además, el gozo humano nunca está completo hasta que puede ser compartido con los demás.

En el ejemplo de los hijos podemos encontrar una clave para comprender mejor estas cosas.

Queremos tenerlos para experimentar la sensación de la continuidad, como si fuera una manera de procurar alejarnos de la muerte.

Quizá esta sea la primera noción de búsqueda de la inmortalidad frente al hecho incuestionable del fin de la vida.

Tener hijos actúa como sensación de que la muerte no es tan rotundamente definitiva.

También anhelamos tener hijos para poder derramar nuestro amor físico y espiritual sobre ellos.

¿No nos hemos percatado de que si no hay hijos, millones buscan una mascota?

¿No nos hemos dado cuenta de que en muchos casos la mascota desarrolla incluso rasgos de semejanza física de su amo o ama?

Aquí creemos que es muy oportuno considerar que el amor fluye en la dirección en que se dirige.

En el tratado del Talmud de Babilonia *“Derej Eretz Zuta”*, se nos dice así:

“Si quieres mantenerte cerca del amor de tu amigo, preocúpate de buscar su bienestar.”

Esta enseñanza se fundamenta en que nada de cuanto damos se pierde, sino que se convierte en una extensión del propio ser del dador.

Por eso es que los matrimonios fracasan cuando dejan de ser *dadores* para convertirse solamente en *receptores*, exigiendo uno del otro el cumplimiento de sus obligaciones, como si el vínculo matrimonial fuera un contrato civil.

El amor desaparece cuando la relación se vuelve una constante exigencia.

La ambición debilita todas las relaciones humanas, comprendido el matrimonio.

El dar y el amor fluyen siempre juntos y en la misma dirección.

No depende de factores externos. Depende del emisor, no del receptor.

El amor verdadero no espera nunca recibir nada a cambio. Es absolutamente altruista.

El verdadero placer radica en el dar, no en el recibir. Fue sobre esa base como Dios construyó este Universo en medio de todos los posibles.

Pocos recuerdan, si es que lo han sabido alguna vez, que Dios creó al hombre – ser humano- como un ser andrógino. Luego, el Señor separó al hombre en dos personalidades distintas:

Génesis 1:26-27: *“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.*

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.”

Varón y mujer comenzaron como una unidad única, una sola carne, y esa unidad es su estado natural.

El amor que brota entre un varón y una mujer es el resultado de una tendencia natural a continuar nuevamente en uno solo, a volver a su origen:

Génesis 2:24: *“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.”*

Cualquier otro propósito será fallido. Curiosamente, en el texto de Génesis 24:67 no se nos dice que Isaac se casó con Rebeca, sino que *“tomó a Rebeca por mujer, y la amó.”*

De esto se desprende que el *“matrimonio”* entendido como *“meta”*, como *“culminación”*, es uno de los más gravísimos errores que los humanos podemos cometer.

Para Dios el origen y la meta es el amor, no el acto social del matrimonio.

De ahí se desprende que tantas parejas *“felices”* dejen de serlo cuando formalizan y solemnizan su matrimonio.

Hablo sinceramente desde la experiencia de más de cuarenta años de ministerio pastoral.

Entonces es cuando la vida matrimonial se convierte en el *“principio del fin”*.

Para Dios, el verdadero amor comienza después del casamiento, puesto que el matrimonio no es sino el proceso de amar como darse, sin que haya lugar a retener egoístamente nada.

Sólo dándonos podemos llegar a conocer al otro. Y conociendo al otro podemos llegar a saber cómo complacerle.

De esto se desprende la importancia de la comunicación entre los esposos.

Una relación sana se edifica sobre el fundamento de una comunicación sana.

Escuchar, entender y conversar son actitudes imprescindibles en la empatía vital del matrimonio.

Ahora bien, llegar a comprender el lenguaje de una persona es mucho más que adquirir destreza lingüística, más difícil que levantar puentes o construir aviones, y las pruebas a las que nos remitimos es la inmensa dificultad en la comunicación que sufrimos en nuestro mundo, cada día más complejo.

Sólo se aprende a hablar escuchando. Sin comunicación fluida disminuyen las posibilidades de un matrimonio feliz.

Los problemas y dificultades se resuelven fundamentalmente escuchándonos.

Las mujeres suelen expresar sus sentimientos con palabras, y esperan palabras a cambio.

Los varones suelen hacerlo más frecuentemente mediante acciones. Y las acciones también son lenguaje.

La comunicación positiva es aquella interacción, verbal o no verbal, que hace que nos sintamos bien.

Podemos afirmar que todos los seres humanos experimentamos esa necesidad y también procuramos obrar de esa manera, lo que no significa que sea fácil, por cuanto nuestras actitudes negativas y frustraciones interfieren poderosamente contra nuestra propias intenciones.

Dice un proverbio talmúdico que *“si has tomado agua de un manantial, no debemos tirarle piedras”*.

Y es que por muy cristalina que sea el agua, las piedras que lancemos en ella la enturbiarán.

El agradecimiento y el reconocimiento siempre actuarán como aliento para continuar haciendo nuestra labor en la vida.

Es más, cuando agradecemos y expresamos nuestra gratitud por cosas que el otro no hace tan frecuentemente, estaremos estimulándole para que las haga más habitualmente.

Desde luego, podemos tener la certeza de que el reproche jamás actuará en ese sentido, sino en la dirección más opuesta.

No hay posibilidad de cosecha si no hay anteriormente siembra.

El fundamento de la comunicación descansa sobre varios pilares. Nuestra relación no pretende ser exhaustiva, sino sólo unos principios básicos:

No causarse dolor; hablar con respeto; no dar órdenes.

No descargar nuestra frustración sobre el otro.

Callar cuando somos conscientes de que no es sabio hablar.

Cuidar el volumen y el tono de voz que empleamos.

No ridiculizar ni remedar.

No avergonzar, especialmente en público.

Ser sinceros.

Ser agradecidos.

Pensar en las necesidades del otro.

Crear un clima de confianza.

Crear momentos de conexión.

Compartir tiempo de calidad.

Llenar nuestra vida con sentido común.

Preguntarnos por qué hacemos lo que hacemos.

LA PRIMERA COLUMNA

“La paradoja del amor es ser uno mismo sin dejar de ser dos.”

Erick Fromm (1900-1980).

El primero de los principios, el más elemental y rudimentario, pero absolutamente fundamental, es que el varón necesita una esposa:

Génesis 2:18: *“Y dijo YHVH Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.”*

La voz hebrea original para “ayuda” es “ezer” (que escribimos con las consonantes “ayin”, “zayin”, “resh”).

Emparentadas con este vocablo tenemos las voces “zug” (“zayin”, “vav”, “guímel”), que es “pareja”, y también “zerá” (“zayin”, “resh”, “ayin”), cuyo significado es “semilla”, “simiente” y “semen”.

“Ezer kenegdó” (“ayin”, “zayin”, “resh” - “caf”, “nun”, “guímel”, “dálet”, “vav”), es “ayuda idónea”, expresión que contiene en sí una inmensa enseñanza para nuestras vidas, por cuanto “ezer”, además de ser “ayuda”, significa también “fuerza”, voz con la que se nos revela el máximo grado de simetría.

Para *Filón de Alejandría* (c. 10 a.C. – c. 50 d.C.), filósofo judío de la diáspora griega, esta expresión, “ayuda idónea”, era interpretada como “una ayuda como él”, “una ayuda semejante a él”, “un amante que es otro sí”.

Y la *Biblia Peshitta*, del siríaco (arameo tardío), cuyo significado es “simple”, “común”, “popular”, versión siríaca directa del hebreo (s. II d.C.), traduce “ayuda idónea” como “una compañera o pareja como él mismo”.

La voz “kenegdó”, que suele traducirse por “idónea”, es un vocablo ambiguo, cuyo sentido es tanto “frente a él” como “contra él”, y de lo que se desprende, según los sabios antiguos de Israel, que la mujer puede ser, en función de las circunstancias y las actitudes, tanto “ayuda” como “adversario”. Naturalmente, lo mismo podríamos decir respecto al papel del varón hacia la mujer, por la reciprocidad de la relación interhumana.

Desde luego, lo que debemos afirmar con rotundidad es que el sentido de “kenegdó” no implica en absoluto condición alguna de inferioridad.

Al crear a la mujer como ayuda idónea para el hombre, queda implícito el hecho de la reciprocidad, por el que el hombre será igualmente ayuda idónea para la mujer.

Las voces “ish”, “varón” e “ishá”, “varona” reflejan claramente la homofonía entre ambas, y su raíz común en “enosh”, “humano”.

No puede el varón hallar ayuda idónea entre las bestias. Dios le invita al hombre a buscar para que se convenza de la necesidad que tiene de un ser como él:

Génesis 2:19-24: *“YHVH Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adam para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adam llamó a los animales vivientes, ese es su nombre.*

Y puso Adam nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adam no se halló ayuda idónea para él.

Entonces YHVH Dios hizo caer sueño profundo sobre Adam, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que YHVH Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre.

Dijo entonces Adam: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona (hebreo: ‘Ishá’), porque del varón (‘ish’) fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.”

Al darle Dios al hombre la capacidad y la autoridad de dar nombre a la criaturas, Dios le otorga al ser humano su posición de lugarteniente de Dios en la tierra, por cuanto “dar nombre” es una forma sutil de ejercer dominio y control sobre lo nombrado.

De ahí que se nos revele una dualidad en la denominación de todos los seres vivos, ya que el propio Dios los nombra mientras realiza el acto creacional, pero también le otorga al hombre la capacidad de dar nombre.

Y mediante el acto lingüístico puede el humano llegar al conocimiento y discernimiento de todas las cosas.

Naturalmente, no es el hombre quien da nombre a la mujer, aunque el texto no haya sido dividido en versículos separados, lo que puede fácilmente inducirnos al error, y atribuir a Adam las palabras que siguen, lo que implicaría que la mujer era pertenencia del varón, como las bestias, lo que infortunadamente ha sido interpretado de semejante manera, y cuyas nefastas secuelas siguen activas hasta nuestros días, incluso en sociedades, como la nuestra, que se consideran muy lejanas del primitivismo.

Es, pues, el Señor, y no el hombre, quien se expresa diciendo:

“Ésta será llamada ‘varona’ (‘ishá’), porque del varón (‘ish’) fue tomada. Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.” (Génesis 2:24).

Aquí conviene tener presente, pues se trata de algo mucho más profundo que una curiosidad lingüística, que la voz que traducen la mayoría de las versiones bíblicas occidentales por “costilla”, el hebreo “*tzelá*” (vocablo formado por las consonantes “*tzade*”, “*lámed*” y “*ayin*”) es un error arrastrado durante siglos, y que nos da la impresión que hay una gran reticencia por corregir.

Su significado es “*lado*” o “*costado*”. Esta voz tomada del léxico de la construcción, aparece en otros lugares de las Sagradas Escrituras bien traducida por “*lado*” y “*tablas laterales*” con las que dar apoyo o revestimiento a una edificación.

No terminamos de entender cuál sea la razón de no hacerlo en este caso. Veamos algunos ejemplos que servirán para aclararnos el sentido del término:

Éxodo 26:20: *“Y al otro lado del tabernáculo, al lado del norte, veinte tablas.”*

1º Reyes 6:15-16: *“Y cubrió las paredes de la casa con tablas de cedro, revistiéndola de madera por dentro, desde el suelo de la casa hasta las vigas de la techumbre; cubrió también el pavimento con madera de ciprés. Asimismo hizo al final de la casa un edificio de veinte codos, de tablas de cedro desde el suelo hasta lo más alto; así hizo en la casa un aposento que es el lugar santísimo.”*

Así lo interpreta también el *Talmud* y *Filón de Alejandría*, ya citado, para quien la voz “*tzelá*” significa cada uno de los dos lados del ser humano, quien es comparado a una “*casa*”; y cada uno de esos lados como la mitad del todo.

Así es como los sabios antiguos de Israel interpretaron que la mujer es la mitad faltante del hombre, aquella parte que lo acompaña armónicamente.

El Creador -¡bendito sea su Nombre!- empleó un proceso mediante el cual Adam había de considerar a todos los seres vivos para comprender que no podría hallar la compañera oportuna entre ellos, sino que había de encontrarse a sí mismo en un “*tú*” que revelara su “*yo*” más profundo.

De ahí las sabias palabras que nos llegan en el libro de Proverbios 18:22:

“El que halla esposa halla el bien, y alcanza la benevolencia de YHVH.”

La banalización del matrimonio ha producido y sigue causando inmensos sufrimientos en nuestra sociedad, aumentando sobremanera el número de divorcios, destrucción de familias y daños frecuentemente irreparables en los hijos.

Este primer principio del matrimonio según las Sagradas Escrituras nos revela la absoluta necesidad de procurar la ayuda y dirección de Dios nuestro Señor en la búsqueda de la esposa que el Eterno tiene para nosotros.

No podemos hablar de matrimonio eterno separados de la guía del Eterno.

Hablo desde mi realidad existencial de varón, por lo que lo mismo ha de contemplarse desde la realidad de la mujer.

Por eso quiero destacar que como hemos visto hasta ahora, *“no es bueno que el hombre esté solo”*; en la mujer es en quien el varón encuentra *“hueso de sus huesos y carne de su carne”*; en ella encuentra el *muro lateral* en que se apoyan las vigas de la casa, *“el bien y la benevolencia del Eterno”*, por cuanto se trata de un regalo de Dios en forma de contraparte.

Cuando deja de banalizarse el matrimonio, el hombre descubre que la mujer virtuosa es más valiosa que las más preciosas gemas:

Proverbios 31:10-12: *“Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas. El corazón de su marido está en ella confiado, y no carecerá de ganancias. Le da ella bien y no mal todos los días de su vida.”*

Proverbios 5:18: *“Sea bendito tu manantial, y alégrate con la mujer de tu juventud.”*

Cuando no se sigue la dirección del Señor, el resultado suele ser tan doloroso como se nos describe en las duras palabras del libro de Eclesiastés 7:25-26:

“Me volví y fijé mi corazón para ver y examinar e inquirir la sabiduría y la razón, y para conocer la maldad de la insensatez y el desvarío del error.

Y he hallado más amarga que la muerte a la mujer cuyo corazón es lazos y redes, y sus manos ligaduras. El que agrada a Dios escapará de ella; mas el pecador quedará en ella preso.”

No es frecuente hallar rubíes, diamantes y esmeraldas. Incluso si las halláramos precisaríamos ser expertos en gemología para discernir la cualidad de dichas piedras preciosas, pero la Sagrada Escritura afirma que es más difícil encontrar una buena esposa, lo que recíprocamente implica que igualmente le es difícil a la mujer hallar un esposo bueno.

De modo que la síntesis de este primer principio del matrimonio según las Sagradas Escrituras es que el varón necesita a la mujer, del mismo modo que la mujer necesita al varón; que la mujer no es una pertenencia del varón, sino compañera que por reciprocidad vuelve lógicamente en compañeros a ambos:

Que los dos, varón y mujer somos imagen y semejanza divina.

Que la idoneidad de la esposa ha de ser recíproca, pues de lo contrario tal idoneidad sería ineficaz.

Que es inútil buscar idoneidad fuera de lo establecido por Dios.

Que fuera de la dirección del Señor se produce la banalización del matrimonio y el varón deja de ver a la esposa como piedra preciosa inalterable aunque pase el tiempo.

DIEZ COLUMNAS PARA EL MATRIMONIO SEGÚN LAS SAGRADAS ESCRITURAS.

Que en esto, como en todas las cosas trascendentes de la vida, necesitamos la ayuda de Dios nuestro Señor.

LA SEGUNDA COLUMNA.

“El día en que tú no ardas de amor, muchos morirán de frío.”

François Mauriac (1885-1970).

Según las Sagradas Escrituras, el matrimonio es una Alianza o Pacto entre un varón y una mujer ante Dios nuestro Señor.

De ahí el propio nombre castellano para el anillo –alianza- con que se sellan los votos nupciales.

Génesis 2:24: *“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.”*

Desde la perspectiva de Dios no hay otra unión carnal y espiritual que la de un varón y una mujer.

Cualquier otro planteamiento de unión es ajeno a la Palabra de Dios.

Nosotros no somos quienes para condenar otras uniones, pero en este caso como en todos los demás, hablamos donde las Sagradas Escrituras hablan, y callamos donde las Escrituras callan.

El matrimonio no es un contrato, al menos no lo es como el mundo lo entiende.

No se trata de una serie de artículos y preceptos, términos y condiciones que un varón y una mujer firman comprometiéndose a cumplirlos de manera mutua y recíproca.

Creemos que las Sagradas Escrituras enseñan con claridad meridiana que se trata de algo mucho más profundo que un mero contrato, por cuanto el concepto de acuerdo contractual se fundamenta en el principio de la consideración dada en correspondencia con la consideración recibida.

Esto es lo que habitualmente se denomina un principio retributivo basado en los intereses personales.

De ahí que en todo acuerdo o contrato una parte demande algo y ofrezca algo a cambio.

A diferencia, pues, de un contrato, el sentido divino de la Alianza o Pacto no es simplemente el cumplimiento de unas obligaciones, sino la entrega de uno mismo sin condiciones de recibir algo a cambio de lo dado.

De ahí se desprende que el trato de Dios con los hombres haya sido y sea una relación pactual o aliancista.

Tampoco respecto a la vigencia son idénticos los sentidos del contrato y de la Alianza o Pacto según las Sagradas Escrituras.

De ahí también la referencia a la duración del matrimonio pactual respecto a su vigencia: *“Hasta que la muerte nos separe”*.

La ignorancia de la importancia o banalización de los votos nupciales es algo tristemente muy frecuente entre los propios cristianos, y, sin duda, causa de muchos conflictos y tristes desenlaces en divorcio, de hecho o de derecho.

Aquí conviene considerar el significado de la voz *“Brit”*, el vocablo hebreo para *“Pacto”* o *“Alianza”*, cuyo sentido es el de *“partir en dos mitades y pasar por en medio”*, como cuando el pueblo de Israel pasó por en medio de las aguas del *Mar Rojo*, que YHWH partió para hacer un pasillo seco por el que los israelitas pudieran ponerse a salvo de sus perseguidores egipcios.

Así podemos vislumbrar más de cerca el sentido pactual del matrimonio, con la presencia de Dios, el *Garante de la Alianza*, en medio del varón y la mujer que firman en sus corazones su compromiso sagrado ante el Eterno.

De esto también se desprende que el divorcio es igualmente mucho más que la ruptura de un contrato.

Abrogar lo establecido por Dios y ante Dios es absolutamente ajeno a la voluntad divina.

De ahí también se desprende la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo respecto de la Ley y los Profetas:

Mateo 5:17-20: *“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.*

Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.

De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos.

Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.”

Como algunos lo han descrito, el divorcio es un quebrantamiento que rasga el tejido de la Alianza, rompe las promesas, quebranta los votos y deja profundas heridas que alcanzan, cuando los hay, a los hijos de manera muy honda,

especialmente cuando éstos se encuentran desde las primeras etapas de su desarrollo hasta la adolescencia.

En esos casos, el divorcio es un auténtico drama de alcance muy doloroso, como todos hemos podido constatar.

No obstante, es evidente que se trata de una realidad social a la que no podemos dar la espalda, sino reconocerlo y ser comprensivos y amorosos para los divorciados, la mayoría de los cuales viven un trauma que les sigue durante muchos años, cuando no durante toda su vida.

Recordemos la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo respecto a las razones por las que el divorcio fue introducido en el pueblo de Israel:

Mateo 5:31-32: *“También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, déle carta de divorcio (Deuteronomio 24:1-4). Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.”*

En la versión del Evangelio según Mateo hallamos un contexto más amplio:

Mateo 19:3-9: *“Entonces vinieron a Jesús los fariseos, tentándole y diciéndole: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?”*

Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne?

Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó (griego: ‘synzeugein’, ‘uncir bajo el mismo yugo’, ‘conyugalizar’), no lo separe el hombre.

Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? Jesús les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así.

Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera.”

Parece que los fariseos callaron, pero la reacción de los discípulos no se dejó esperar:

Mateo 19:10: *“Le dijeron sus discípulos: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.”*

Y aquí nuestro Señor Jesucristo revela un misterio importante para nuestras vidas, y es que el casamiento es vocacional, al igual que vocacional es también el celibato:

Mateo 19:11-12: *“Entonces Jesús les dijo: No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado. Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay*

eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del Reino de los Cielos. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba.”

Efectivamente, hay hombres que son eunucos en el sentido de haber nacido sin un instinto sexual desarrollado, es decir, quienes han recibido un don de continencia; también hay eunucos hechos tales por los hombres, como castigo; pero también hay quienes se hacen a sí mismos eunucos porque por causa del Reino de Dios y optan por renunciar a tener una esposa o esposo y establecer una familia.

Lo que no se halla en las Sagradas Escrituras es el carácter forzoso de un celibato impuesto. Veamos algunos textos clarificantes:

1ª Corintios 7:7-9: *“Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo (el Apóstol Pablo nunca revela si estaba viudo o soltero); pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro. Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les fuera quedarse como yo; pero si no tienen don de continencia, cásense, pues mejor es casarse que estarse quemando.”*

1ª Corintios 7:26-28: *“Tengo, pues, esto por bueno a causa de la necesidad que apremia; que hará bien el hombre en quedarse como está. ¿Estás ligado a mujer? No procures soltarte. ¿Estás libre de mujer? No procures casarte. Mas también si te casas, no pecas; y si la doncella se casa, no peca; pero los tales tendrán aflicción en la carne, y yo os la quisiera evitar.”*

Es más, en la Primera Carta del Apóstol Pablo a Timoteo hallamos el ser esposo de un solo marido como condición para el ejercicio de los sagrados ministerios pastoral y diaconal:

1ª Timoteo 3:1-13: *“Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea.*

Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar; no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro; que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?; no un neófito, no sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo.

También es necesario que tenga buen testimonio de los de afuera, para que no caiga en descrédito y en lazo del diablo.

Los diáconos asimismo deben ser honestos, sin doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas; que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia.

Y éstos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado si son irreprochables.

Las mujeres asimismo sean honestas, no calumniadoras, sino sobrias, fieles en todo.

Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas.

Porque los que ejerzan bien el diaconado, ganan para sí un grado honroso, y mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús.”

Pero volviendo al mandamiento por el que Dios nuestro Señor pide al hombre que deje a su padre y a su madre para unirse a su mujer y así ser una sola carne, hemos de considerar el hecho de que algunos hombres y mujeres nunca “*dejen a sus padres*” al acometer el santo estado del matrimonio.

Este acto de desobediencia, como todos los demás, tiene sus consecuencias en las vidas de muchas parejas.

No olvidemos que “*casarse*” tiene su raíz en “*levantar casa*”, e incluso el refrán popular dice sabiamente que “*el casado, casa quiere.*”

De ahí también se desprende la razón por la que según la tradición de Israel, “*la mujer es la casa del hombre*”.

También es importante que tengamos muy presente que el mandamiento de “*ser una sola carne*” señala hacia la consumación matrimonial, pero no es eximente de los demás votos hechos ante Dios.

LA TERCERA COLUMNA.

“El amor verdadero hace milagros; pero el mismo amor es ya el mayor milagro.”

Amado Nervo (1870-1919).

El esposo es la cabeza de la casa y principal responsable del matrimonio, pero ciertamente no único, por cuanto el matrimonio es a dos bandas.

Antes de entrar en la profundidad de esta columna, creemos que es imprescindible considerar muy seriamente el papel de la mujer en las primeras comunidades cristianas.

Los primeros siglos de la historia de la Iglesia nos muestran cómo continuó el ministerio de la mujer en la extensión del Evangelio de Jesucristo.

Basta con recordar los nombres de las primeras mujeres mártires por su fidelidad al Crucificado:

Felicitas (101-165 d.C.), *Perpétua* (c. 202 d.C.), *Águeda* (c. 230 d.C.), *Inés* (c. 304 d.C.), *Blandina* (c. 177 d.C.) y muchas más.

Sin embargo, la aceptación de elementos culturales tomados del paganismo acabaría con esta actitud de algunas corrientes de la Iglesia naciente hacia la mujer en el ministerio cristiano.

Este hecho, naturalmente, afectó no sólo a la posición de la mujer dentro del ámbito cristiano, sino también a las relaciones de la mujer con el varón y con todo su contexto social.

Sin embargo, estudiosos de la Historia de la Iglesia han hallado vestigios del ministerio ordenado de la mujer en la Iglesia naciente bastante desconocidos para la mayoría de los cristianos.

La principal fuente se encuentra en la propia iconografía, como es el caso de los frescos en los que aparecen incuestionablemente mujeres presidiendo la mesa de celebración de la eucaristía.

Tal es el caso del fresco de *la catacumba de San Genaro*, en Nápoles, así como en un mosaico en *la Iglesia de Santa Práxedes*, en Roma, en el que aparecen cuatro obispos presidiendo la mesa, y uno de ellos es mujer.

Esta es una evidencia histórica de que en la Iglesia naciente la mujer servía en la dignidad de diaconisa y pastora u obispa.

En los primeros siglos de la Historia de la Iglesia vemos que la presencia y el papel de las mujeres fue importante, tal y como había sido en la vida de Jesús y su ministerio público.

Sin embargo, a partir del siglo II empezaron a alzarse voces contra el derecho de la palabra de la mujer. El posterior asentamiento de la Iglesia y su conformidad al estado romano condujo a que el papel de las hermanas fuera siendo cada vez más residual.

Después, llegados los siglos IV y V, los concilios tomaron medidas contra la ordenación de las mujeres.

Cuando llegamos a la segunda mitad del siglo cuarto, en el *Concilio de Laodicea* (363 d.C.), fueron prohibidas las *presbíteras* (*ancianas* o *pastoras*), según manifiesta el *canon XI*.

La prohibición no puede evidenciar más claramente la realidad del ministerio ordenado de la mujer en aquella Iglesia.

Si les fue prohibido el ministerio pastoral fue porque estaban realizándolo. Esto es una deducción lógica y elemental.

Paradójicamente, en el *Concilio de Calcedonia*, celebrado entre el 8 de octubre y el 1 de noviembre del año 451 d.C., fue permitida la continuación de las mujeres en el ministerio diaconal, con la condición de que no tuvieran menos de 45 años de edad.

Para el siglo segundo d.C. ya se identificaban las diócesis episcopales con las circunscripciones del Imperio Romano. El proceso de creciente romanización de la Iglesia avanzaba rápidamente.

La asimilación de la Iglesia al estado secular caminaba a pasos muy acelerados. La romanización de la Iglesia sería tan nefasta como lo es hoy la *americanización del evangelicalismo fundamentalista*. Aquí recomendamos la lectura del libro: “*El Turismo Misionero y su Oscuro Transfondo*”, en www.ebenezer-es.org (Sección “Publicaciones”).

El cristianismo auténtico, antes de su organización, canonización e institucionalización, representaba un serio peligro para el concepto pagano del “*paterfamilias*”, con todos sus derechos, aunque solamente fueran teóricos en muchos de los casos, a vender, esclavizar e incluso a ejecutar a su esposa e hijos en determinados instancias extremas.

La interpretación grecorromana de un texto como 1ª Corintios 11:3, permitía, fuera de su contexto hebreo, justificar la absoluta sumisión de la mujer al varón:

“Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo.”

Este sentido de “*cabeza*” era y sigue siendo posible malentenderlo al interpretarlo como símbolo de total autoridad y dominio, bajo el cual había de adoptarse una posición de sumisión total.

La dependencia del Derecho Romano de parte de nuestro sistema jurídico occidental ha sido la causa de la situación legal de la mujer durante siglos, hasta llegar a nuestros días, no totalmente libres de semejantes ataduras.

Sin embargo, son muchos comentaristas siguen atribuyendo la marginación de la mujer a la que ellos denominan *“cultura judía machista”*, ignorando que dicha marginación sólo se da cuando la Iglesia naciente es invadida por la filosofía griega, y las raíces hebreas de la fe precisamente pasan a ser cosa del pasado.

Por nuestra parte, seguimos luchando contra este error prejuiciado, como en tantos otros asuntos, el principal de los cuales creemos que se trata de la irrupción del mito griego de la posesión por parte del hombre de un alma inherentemente inmortal.

El griego del Nuevo Testamento, la lengua *“koiné”* o *“común”*, como lengua franca de toda la cuenca mediterránea, no incluía el significado de *“kefale”*, *“cabeza”*, como *“rango superior”* en primera acepción.

Alrededor de ciento ochenta veces en las Escrituras Hebreas, el término hebreo *“rosh”*, *“cabeza”*, se emplea con el sentido de *“jefe”*, *“principal”*. Sin embargo, los traductores de las Escrituras Hebreas al griego, entre los años 250 y 150 a.C., raramente usaron *“kefalé”* cuando la voz hebrea para *“cabeza”* implicaba el concepto de *“jefe”* o *“autoridad”*, sino que habitualmente emplearon el vocablo griego *“arjón”*, cuyo sentido es el de *“gobernante”*, *“dirigente”*, *“comandante”*.

Sobre un total de ciento ochenta veces, sólo emplearon *“kefalé”* en diecisiete ocasiones, aunque habría sido la forma más sencilla de traducir la palabra en cuestión.

En cinco de estos diecisiete casos lo hicieron con variantes; y en otras cuatro ocasiones recurrieron a envolver una metáfora para *“cabeza y cola”* que carecería de sentido alguno sin el uso de la *“cabeza”* en contraste con la *“cola”*.

Esto nos deja sólo ocho veces sobre un total de ciento ochenta en que los traductores de la *Septuaginta*, la *Versión de los LXX*, claramente decidieron usar *“kefalé”* por *“rosh”*, cuando tenía un significado de *“rango superior”*.

Puesto que *“kefalé”* se usa excepcionalmente cuando *“rosh”* tiene la idea de *“autoridad”*, se supone que la mayoría de los traductores del griego se percataron de que *“kefalé”* no tenía el significado de *“dirigente”* o de *“rango superior”* para *“cabeza”* que tenía el hebreo *“rosh”*.

Aquí conviene que analicemos el texto teniendo en mente que quien escribe no es un gentil sino el *Rabino Shaúl*, latinizado *Saulo*, y más conocido entre nosotros por su nombre latino *“Paulus”*, castellanizado *“Pablo”*. De ahí que el término hebreo *“rosh”* implique primordialmente el sentido de *“origen”* o *“principio”*, y no de *“supremacía”* y mucho menos de *“dominio”*.

Por eso nos dice el Apóstol Pablo que *“Dios es cabeza de Cristo”*, por cuanto Jesucristo vino del Padre.

Juan 5:43: *“Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís.”*

Juan 7:28: *“Jesús entonces, enseñando en el templo, alzó la voz y dijo: A mí me conocéis, y sabéis de dónde soy; y no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis.”*

Juan 8:42: *“Jesús entonces les dijo: Si vuestro Padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió.”*

Juan 16:28: *“Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre.”*

El Apóstol Pablo presenta a Cristo como cabeza del varón, por cuanto Él es la Palabra Viva y Encarnada, Creadora de todas las cosas. Es evidente el sentido de origen como procedencia.

Juan 1:1-4: *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.”*

Hebreos 11:3: *“Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.”*

De modo que el varón es “cabeza” de la mujer por cuanto la mujer tiene su origen en el varón, si bien sería más oportuno considerar muy seriamente la primacía en la creación del hombre, no como varón definido como tal, sino originalmente como ser *andrógino*.

Aquí conviene tener presente la diferencia entre los términos “*andrógeno*” y “*andrógino*”, confundidos por muchos. El primer término, “*andrógeno*”, significa *la hormona que induce la aparición de los caracteres sexuales masculinos*; mientras que el segundo, “*andrógino*” significa *sexualmente ambiguo*, es decir, “*hermafrodita*”.

De ahí se desprende la realidad de la presencia de hormonas femeninas en el varón, y de hormonas masculinas en la mujer, lo que pudiera interpretarse como proceder de una raíz originalmente idéntica.

El proceso de la gestación del ser humano es una clara pista del proceso de la creación original. La explicación de la presencia de pezones en los senos de la mujer es perfectamente lógica, pues tienen como principal propósito amamantar a las crías. La pregunta surge cuando reparamos en la presencia de pezones en el pecho del varón. ¿Qué propósito pueden tener?

Los *evolucionistas darwinianos* no tienen una respuesta, pues contradice su teoría. El proceso de la selección natural indica que los pezones no deberían estar en el pecho del varón. Sin embargo, ahí están.

Todo indica que los embriones, tanto de varones como de mujeres, poseen tejidos y partes corporales similares. De ahí la presencia de los pezones en ambos sexos.

Es el efecto de los genes, el *cromosoma 'Y'* y la *hormona testosterona* la que produce los cambios precisos para que el embrión se masculinice.

La *testosterona* produce el crecimiento del pene y de los testículos. Pero como los pezones han estado presentes en el embrión desde antes de la masculinización, van a permanecer también después.

Por otra parte, bastantes científicos se inclinan actualmente a pensar que al principio pudieran haber participado tanto los varones como las mujeres en el amamantar a sus hijos.

La experimentación ha demostrado que mediante el contacto y la caricia de un bebé sobre el pezón de un varón puede producirse la gestación de leche.

Pero para que nadie pueda alegar supremacía alguna, malentendiendo el sentido semántico del texto, el testimonio paulino, siguiendo las enseñanzas de los sabios antiguos de Israel, es que ni el varón está completo sin la mujer, ni ésta sin él.

De modo que si el relato de Génesis nos dice que Eva fue creada a partir de Adam, la Sagrada Escritura nos recuerda que todos los hombres somos nacidos de mujer.

1ª Corintios 11:11-12: *“Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón; porque así como la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer, pero todo procede de Dios.”*

El abismo que se abrió por la caída en el pecado entre la naturaleza divina del hombre (*“y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó... Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne”* (Génesis 1:27; 2:23), y la naturaleza humana caída (*“la mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”* (Génesis 3:12), es la causa de la ruptura de la comunión espiritual entre ellos.

Este es un factor que deberíamos tener muy en cuenta al analizar el terrible fenómeno de la llamada *“violencia de género”* que tanto dolor ha producido en el curso de la historia, y que va en constante aumento en nuestros días en sociedades que alardean de civilizadas y desarrolladas.

La estadística más reciente habla de más de sesenta millones de mujeres en el Continente Europeo que sufren acoso o maltrato por parte de sus compañeros o maridos.

Ahí es donde hallamos el origen del secular machismo opresor y del moderno feminismo revanchista.

El texto de Génesis 3:16 nos muestra esta secuela de la caída en el pecado:

“A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores de tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti.”

Sin embargo, creemos que aquí se *describe*, más bien que *prescribe*, la condición de la mujer y del varón por causa de la caída en el pecado.

Quienes pretenden interpretar una subordinación de naturaleza permanente de la mujer al varón caen en un anacronismo que tendría que llevarles igualmente a la prohibición de los analgésicos y las anestésias ante la realidad del dolor.

Quizá pueda hallarse aquí también la reticencia en ciertos círculos a la aplicación de paliativos y sedaciones médicas ante situaciones de dolor, incluso tratándose de procesos irreversibles.

Por otra parte, es de gran importancia estudiar la voz hebrea que tradicionalmente vierten muchos traductores por “dolor” en el parto, por cuanto el original hebreo “*itzabón*” no es propiamente “dolor”, sino “*esfuerzo trabajoso*”, “*labor fatigosa*”.

Con razón traducen algunos rabinos esta expresión “*con dolor darás a luz los hijos*” como “*con tensión parirás*”.

De ahí que la interpretación de estas palabras del Señor como mero castigo carezcan completamente de sentido por diversas razones:

Primeramente, porque se habla de *tensión en el término de la gravidez*, y no del *dolor*.

Y en segundo lugar, porque el propio Señor, antes de la caída del hombre en la desobediencia del pecado, bendice a sus hijos, cuando les dice así en Génesis 1:27-28:

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó; varón y hembra (‘macho y hembra’) los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.”

Difícilmente podemos integrar estas palabras de bendición como castigo. Lo que el texto bíblico está diciéndonos es que Dios le está recordando a la mujer las tensiones y dificultades propias de su constitución.

El único matiz de castigo que podríamos hallar en este pasaje sería el hecho de que Dios le haga este recordatorio a la mujer precisamente después de haber caído en la desobediencia, del mismo modo que el Señor le recuerda al varón la realidad de la dureza del trabajo después de haber pecado; pero por eso mismo tampoco podemos interpretar el trabajo como castigo, por cuanto el Señor, antes de que el hombre pecase, ya les había encargado a ambos que sojuzgaran la creación dentro de la cual habían sido plantados.

Naturalmente, nuestro Señor no olvidó la necesidad de resolver una situación tan ajena a su voluntad originaria para con el ser humano, varón y mujer, como la producida por la caída.

El testimonio de la práctica de Jesús de Nazaret y de la Iglesia naciente, como hemos tratado de mostrar, lo prueban de manera constatable.

Si Jesús reivindicó el matrimonio monogámico como “*un varón y una mujer unidos al mismo yugo*”, y respecto al repudio dijo que “*al principio no fue así*” (Mateo 19:3-9), podemos también afirmar que al principio la autoridad como

lugartenientes del Señor en el gobierno de la tierra les fue otorgada igualmente a los dos.

Ambos recibieron desde el principio la capacidad para el dominio, el desarrollo y la explotación coherente de toda la tierra, así como la orden de ejecutar el mandamiento divino, sin distintivo alguno respecto a su género.

Génesis 1:28: *“Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla.”*

El Apóstol Pablo abunda en la explicación de la razón por la que no hemos de pensar en supremacías entre los seres humanos, y lo hace magistralmente en el texto de Efesios 5:21-33:

“Someteos unos a otros en el temor del Señor. Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador.

Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.

Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama.

Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos.

Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia.

Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo, y la mujer respete a sus marido.”

No puede ser más evidente que la sujeción de la mujer al marido ha de ser en el vínculo del amor, que es el perfecto, por su carácter mutuo y recíproco.

Queda descartado todo el matiz de dominio que muchos le han querido dar y siguen insistiendo en ello.

La “cabeza” y el “cuerpo”, por definición, dependen la una del otro en absoluta reciprocidad. Por eso es que el Apóstol Pablo dice en el versículo 21: *“Someteos unos a otros en el temor del Señor”*. La sumisión, pues, es absolutamente recíproca, pues de lo contrario no sería *“en amor”*.

Y cuando en el versículo 22 pide a las esposas que se sujeten a sus maridos, el verbo elíptico se refiere a la misma clase de sumisión de la que se habla en el

versículo 21 para todos, los unos a los otros, en mutua dependencia y unidad, que es precisamente lo que expresan las metáforas de la “cabeza” y del “cuerpo”, así como de todos los demás miembros de dicho “cuerpo”, absolutamente todos, sin excepción alguna.

El Apóstol Pablo abunda y clarifica esta mutua y recíproca dependencia en el texto de 1ª Corintios 12:13-27:

“Porque por un solo Espíritu (Santo) fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu (Santo).

Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo?

Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo?

Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo como él quiso.

Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo.

Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros. Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios; y aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a éstos vestimos más dignamente; y los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro. Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros.

De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan. Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular.”

La figura del Santo Espíritu de Dios siendo dado a beber a los redimidos es una clara referencia a la maternidad del Santo Consolador que nos amamanta con la leche espiritual no adulterada del Evangelio de Jesucristo, para conducirnos al crecimiento y la maduración, y la posterior ingesta de la vianda.

En la Iglesia que Jesucristo quiere no hay “sometidos” ni “sometedores”.

Nadie es “objeto” en el Cuerpo de Cristo. Todos somos “sujetos”.

Las interpretaciones contrarias a esa verdad no son sino deformaciones monstruosas de las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, las cuales responden a planteamientos e intereses socio-económico-culturales completamente ajenos a la voluntad divina.

En el pueblo de Dios, bajo la gloriosa Alianza eterna en la sangre de Jesús el Cristo, no pueden darse semejantes distinciones aberrantes, ni discriminaciones ni separatismos fundamentados en base a orígenes étnicos (no empleamos el término “*raciales*” porque en la tierra sólo existe una raza humana y muchas etnias), o fundamentándose en distinciones nacionales, culturales o de género.

La Iglesia naciente no fue ajena a la práctica revolucionaria de nuestro Señor Jesucristo en cuanto a las relaciones varón-mujer, sino que se dedicó a desarrollar nuevas posibilidades hacia la restauración de la plena dignidad de la humanidad de la mujer.

La actitud y el comportamiento de nuestro bendito Salvador hacia la mujer rompió radicalmente con la praxis social que ha venido imponiéndose en mayor o menor grado a través de los siglos; aunque, paradójicamente, la realidad es que Jesús no enseña nada nuevo al respecto, sino que, antes bien, remite a las instrucciones de la Santa Palabra de Dios sobre las relaciones entre el varón y la mujer, en oposición a las interpretaciones de los leguleyos de distintas épocas.

No hay novedades en las enseñanzas del Maestro. No enseña Jesús nada que no haya sido enseñado en las Sagradas Escrituras con anterioridad, sino que vuelve a las fuentes y derrama luz nueva sobre los textos antiguos.

Esa es también nuestra comprensión de la profecía: *Luz nueva sobre textos viejos*.

Mateo 13:52: *“Por eso todo escriba docto en el Reino de los Cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas.”*

Desde la perspectiva de Jesús de Nazaret no queda duda alguna de que ambos, el varón y la mujer, son plenamente humanos, ambos creados a imagen y semejanza de Dios, y, por lo tanto, ambos imagen y semejanza no como un añadido, sino como esencia de su propio ser, sin que podamos hallar enseñanza alguna que pueda inducirnos a pensar lo contrario.

Veamos dos textos del libro de los Hechos de los Apóstoles que nos muestran la integración de varones y mujeres en la comunidad cristiana naciente:

Hechos 1:12-14: *“Entonces (después de la ascensión de Jesús) volvieron a Jerusalem desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalem, camino de un día de reposo. (Según Flavio Josefo [37-101 d.C.] esta distancia era de 5 ó 6 estadios, es decir, poco más de un kilómetro: “Antigüedades Judías”, xx. 8.6; “Guerras Judías”, v. 2.3.). Y entrados subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo, hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo. Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos.”*

Hechos 2:16-18: *“Mas esto es lo dicho por el profeta Joel: Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu (Santo) sobre toda carne y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu (Santo) y profetizarán.”*

No hay ni un solo rasgo de discriminación hacia la mujer en la actitud y comportamiento de nuestro Señor Jesucristo, ni hacia ningún hermano, ni en base a orígenes étnicos, ni por su género, ni por causa de los dones, ministerios u operaciones de que hayan sido objeto los discípulos.

La función profética es otorgada por el Santo Espíritu Consolador a los hijos y las hijas, a los siervos y a las siervas por igual.

Jesús fue verdaderamente revolucionario, no tanto por lo que dijo, sino por la manera en que se relacionó con las mujeres y con todos los seres humanos, especialmente con aquellos que estaban debilitados, injusticiados, empobrecidos, desconsiderados, despreciados o marginados.

Jesús fue tan notable en esta relación de estilo de vida que uno sólo puede considerarlo como más que sorprendente, y no sólo para aquellos días y aquella cultura, sino incluso para nuestro momento histórico, cuando muchos creen que hemos sido capaces de romper ciertas barreras discriminatorias que al ser examinadas meticulosamente resultan continuar siendo bloques impenetrables de prejuicios y marginación que llegan hasta nuestros días.

Jesús trató a la mujer como un ser plenamente humano, en igualdad con el varón en cada aspecto de su ser y de su hacer.

Ninguna palabra de desprecio contra la mujer puede hallarse en los labios y las acciones del Maestro.

Todas las discriminaciones aberrantes vendrían después, pero hemos de reconocer que vergonzosamente llevan demasiado tiempo entre nosotros.

El *Decreto de Graciano*, c. 1140, excluyó finalmente a la mujer del ministerio ordenado dentro de la Iglesia. Se le prohibiría a la mujer leer las Sagradas Escrituras en público, estudiarlas y ejercer profesión alguna, excepto dentro del ámbito privado del hogar, con lo que se condenaba a la mujer a una inmutable adolescencia que permanece vigente en muchos lugares de este mundo. A veces más próximos a nosotros de lo que imaginamos.

Recomendamos nuestros trabajos titulados "*La Mujer en la Vida de Jesucristo y en la Comunidad Naciente*", y "*Acercamiento Teológico sobre la Mujer en la Iglesia de Jesucristo*", en www.ebenezer-es.org (sección "*Publicaciones*").

LA CUARTA COLUMNA.

“El verdadero amor no es otra cosa que el deseo inevitable de ayudar al otro para que sea quien es.”

Jorge Bucay (1949).

Efesios 5:25-33: *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.*

Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne.

Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.”

Aquí tenemos que recordar una vez más que el amor es un acto de la voluntad, no un capricho producto de la inmadurez.

De ahí la importancia y la urgencia para que muchos distingan entre un enamoramiento caprichoso y un auténtico amor.

No podemos ignorar el aspecto emotivo del amor, pero si sólo se trata de una emoción, en este caso como en todos los demás, hemos de ser conscientes de que las emociones son siempre pasajeras.

Y en muchos casos se trata simplemente de una actitud primitiva de caza de la hembra.

Esta es la causa de que muchos hombres nunca dejen la práctica de la cacería, y jamás puedan ser hombres de una sola mujer.

El mandamiento divino dirigido al hombre y encomendándole que ame a su mujer es sin duda algo mucho más hondo que una simple emoción, más que un mero sentimiento, y, desde luego, mucho más que un juego amoroso.

El mandamiento divino es una encomienda, como todos los demás mandamientos de la Santa Ley de Dios, dirigido al propósito específico de proveer, proteger y cuidar apasionadamente a una mujer.

Algunos varones practican el amor sacrificial por su esposa, y resultan ser buenos protectores y buenos proveedores familiares, pero creen erróneamente que eso les hace merecedores de la gratificación sexual de sus mujeres a cambio de los favores recibidos.

Por mucho que pueda molestar lo que voy a decir a continuación, no voy por eso a silenciarlo. Semejante planteamiento se trata de una *forma encubierta de prostitución* aceptada hipócritamente en nuestra sociedad.

Esto se daba de manera mucho más acentuada en el pasado, cuando la mujer no recibía formación profesional para ser independiente, sino que ve veía abocada al matrimonio como único recurso para evitar quedarse para "*vestir santos*".

Quienes así actúan ignoran que el mandamiento divino dirigido al varón ordenándole que ame a su mujer va mucho más allá de una transacción mercantilista.

Toda mujer necesita sentirse deseada por su esposo como mujer. De ahí la importancia de que el marido no deje nunca de cortejar a su mujer.

La necesidad fundamental de toda mujer y de todo varón en el matrimonio es amar y ser amado. Y al varón le pide Dios que satisfaga esa necesidad de la esposa, del mismo modo que la esposa ha de satisfacer esa necesidad de su marido.

El amor físico ha de manifestarse en la provisión de un hogar, un lugar seguro para ella y para sus hijos; y el amor emocional ha de manifestarse en la protección de todo daño y temor.

El mandamiento que reza "*maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella*" es, sin duda, la columna más fuerte y resistente de todas las que podemos considerar y contabilizar en nuestro estudio, pues demanda amar con toda la energía, los recursos, la creatividad y la atención.

De ahí la tradición cristiana de los votos nupciales en los que se pide al contrayente que prometa solemnemente "*renunciar a todas las demás para dedicarse por entero a su esposa.*"

LA QUINTA COLUMNA.

“Donde hay fe genuína hay amor verdadero; donde hay amor verdadero hay paz del alma; donde hay paz del alma está Dios, y donde está Dios nada falta.”

Joaquín Yebra.

Efesios 5:22-24: *“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.”*

“Estar sujetas” es el griego original “*hypotásso*”, cuyo matiz de sujeción es el de “*respetarse*”. ¡Qué diferente es el sentido del verbo que nos ocupa cuando tenemos en consideración la reciprocidad que nos permite el reflexivo castellano!

¡Qué triste que tantos lo hayan manipulado y sigan haciéndolo para justificar su dominio sobre la mujer! Y más triste todavía cuando semejante superchería se lleva a cabo dentro de círculos que se autodefinen como cristianos.

De ahí se desprende que el mandamiento apostólico es el respeto de la mujer a su esposo, como respetamos a nuestro Señor Jesucristo, y al varón la forma de respeto que se le ordena tiene su énfasis en el “*amor*”, que por otra parte es la forma de máximo respeto que puede darse entre los seres humanos.

¿Qué sería un amor carente de estimación y de respeto? ¿Qué sería una actitud de respeto carente de amor?

Querer ver en el respeto de la mujer al esposo una especie de obediencia ciega semejante al respecto del siervo al señor en épocas pretéritas es una manipulación del texto bíblico que no puede sostenerse exegéticamente, y mucho menos aplicarse a nuestro contexto cultural.

Aquí conviene tener presente que nuestro Señor siempre se ha revelado considerando y respetando el contexto cultural e histórico en que han vivido los hombres destinatarios de sus enseñanzas.

En este contexto, como en todos los demás, nos interesa saber lo que la Biblia dice, pero sobre todo nos interesa saber lo que la Biblia nos quiere decir.

Sólo la conjugación de ambas realidades nos permite realizar una exégesis aplicable al momento histórico que nos ha correspondido vivir, pues de lo contrario estaremos atrapados por fórmulas anacrónicas que indudablemente conducen siempre a posturas fundamentalistas no dialogantes, ajenas al Espíritu de Jesucristo.

El respeto ha de entenderse en paralelo con el amor y la honra.

La obediencia no precisa ni del amor ni de la honra. Por eso es que las motivaciones para obedecer pueden ser, y de hecho lo son, múltiples, comprendido el temor, pero ninguna tiene necesariamente que responder al amor y la estimación de la dignidad.

Sin embargo, el verdadero respeto no puede darse sin la consideración amorosa.

No hay esposa que puede obedecer a su marido en este sentido de respecto a su dignidad cuanto éste no es merecedor de ello.

Un marido que no cuida, respeta, provee, ni ama a su esposa, no puede esperar que su esposa le respete.

El respeto no es algo que viene dado por un libro de familia con sus correspondientes sellos y firmas, una legislación civil en materia de matrimonio, una inscripción legal en el juzgado o una ceremonia de solemnización de matrimonio religioso del signo que sea.

Tampoco hemos de obviar la realidad creciente en que la mujer, inducida por la desinformación y las corrientes de fomento de odio entre los géneros, llega a odiar al varón por el hecho de serlo, y produce un infierno dentro del matrimonio a base de la desobediencia y deshonra al marido.

Naturalmente, el comportamiento de muchos hombres produce exactamente lo mismo en la mujer, habitualmente partiendo del desprecio o menosprecio de la figura femenina.

Muchos ignoran que la voz *“mujer”* en castellano se deriva del latín *“mulier”*, de *“molleras”*, es decir, *“molicie”*, *“aguado”*, *“blandengue”*, lo que evidencia la falta de equidad entre los géneros; mientras que *“femenino”* nos llega igualmente del latín *“femina”*, cuyo significado es *“hembra”*, con el sentido de *“la que amamanta”*.

El origen etimológico de *“fémina”*, hasta donde llegamos, es el latín arcaico *“fevo”*, que es *“crear”*, *“reproducir”*, *“producir un fruto”*, refiriéndose a gestar hijos.

De la misma raíz nos ha llegado *“feto”*, del latín *“fetus”*, aplicado en un principio al fruto de los sembrados, y después al recién nacido.

También *“fecundo”*, del latín *“fecundus”*, y *“feliz”*, de *“felix”*, *“afortunado”*, *“alegre”*.

Incluso la voz *“fémur”* nos llega de la misma raíz, para designar originalmente las partes de los muslos, donde se distingue el aspecto del sexo diferenciado del varón y la mujer.

Hasta ahí estaríamos muy satisfechos con las voces “*fémína*”, “*femenina*” y sus derivados. El problema surge con las etimologías falsas, las que lingüísticamente denominamos “*etimologías populares*”, que infortunadamente son las que más han arraigado en el pueblo llano.

La primera de ellas nos llega de *Isidoro de Sevilla* (obispo, teólogo y erudito bíblico, c. 556 – 636), eminente figura del cristianismo de la España visigoda, en un texto que tituló: “*Etymologiarum*” XI, II, 24:

“Femina vero a partibus femorum dicta, ubi sexus species a viro distinguitur. Alii Graeca etymologia feminam ab ignea vi dictam putant, quia vehementer concupiscit.

Libidinosiores enim viris feminas esse tam in mulieribus quam in animalibus. Vnde nimius amor apud antiquos femineus vocabatur.”

Para *Isidoro de Sevilla*, la mujer se distingue por las partes de los muslos, en los que el sexo de la especie la distingue de su marido. Pero también cree que según la etimología griega, la mujer viene del fuego, por sus deseos vehementes y libidinosos.

Para el filólogo alemán *Wilhelm Freund* (1806-1894), la voz latina “*femina*” derivaría del griego “*myllás*”, cuyo sentido era el de “*mujer ramera*”.

El testimonio que nos ha llegado al respecto es que para *Marco Tulio Cicerón* (106 a.C. – 43 a.C.), “*mulier*” era “*mujer*”, “*hembra*”; *Tito Maccio Plauto* (251 a.C. – 184 a.C.) empleaba este término para llamar “*cobarde*” a un varón; y para *Cayo Plinio Segundo* (23 d.C. – 79 d.C.), se trataba de la hembra del caballo, es decir, la *yegua*.

Es notorio que el vocablo “*mujer*” es en sí completamente inocente, pero el uso, o el abuso, o las *etimologías populares* pueden transformar palabras inocuas en flechas envenenadas.

La segunda de esas infortunadas etimologías nos ha llegado en un libro anónimo titulado “*Malleus Maleficarum*”, “*Martillo de las Brujas*”, uno de los más famosos tratados sobre la brujería de la Edad Media.

Fue redactado por los inquisidores *Heinrich Kramer* (c. 1430 – c. 1505) y *Jacob Sprenger* (1435-1495), en el año 1487, y su principal objetivo era desafiar todos los argumentos de la brujería e instruir a los magistrados sobre la manera de identificar, interrogar y condenar a las brujas.

Ambos, *Kramer* y *Sprenger*, eran miembros de la orden de los *Dominicos*, la cual cayó en las mayores ignominias imaginables en el desempeño de las funciones del llamado *Santo Oficio de la Inquisición*, comenzando por su participación en la cruzada papal contra el movimiento evangélico de los *cátaros*.

“Hubo épocas en Occidente –escribe Leonardo Boff (1938)- en que el poder sagrado ejercía un dominio absoluto, poniendo y deponiendo reyes, promoviendo guerras e imponiendo pacificaciones. Esos siglos de alianza entre el trono y el

altar, pero bajo la hegemonía de este último, tal vez hayan sido los siglos de mayor violencia que ha conocido Occidente: la violencia religiosa practicada en nombre de Dios, y que dio lugar a la quema de dos millones de brujas, al silenciamiento y la tortura de millares de personas por parte de la Inquisición y a la promoción de guerras religiosas terriblemente devastadoras...

Al sustantivizarse e institucionalizarse en forma de poder, ya sea sagrado, social, cultural o militar (como en el caso de los Estados Pontificios de antaño), las religiones de ven privadas de la fuente que las mantiene vivas: la espiritualidad. Y en lugar de hombres carismáticos y espirituales, lo que producen son burócratas de lo sagrado. En lugar de pastores mezclados con el pueblo, lo que generan son autoridades eclesiásticas que viven por encima del pueblo y a su costa...

No quieren fieles creativos, sino obedientes; no propician la madurez en la fe, sino el infantilismo y la subordinación. Y el resultado es la mediocridad, la acomodación, la ausencia de profetas y mártires y el enmudecimiento de la palabra inspiradora de nuevos ánimos y nueva vida. Con sus dogmas, ritos y morales, las instituciones religiosas pueden convertirse en el túmulo del Dios vivo."

Todas las etimologías populares de las voces "mujer" y "fémina", al servicio de Roma, han venido siendo versiones mediatizadas por la tradicional misoginia que se originó principalmente entre los griegos, y que llegó a alcanzar niveles antifemeninos, a la par que antisemitas, entre los Padres de la Iglesia tardíos, los que conocemos como "apologistas", posteriores a los "apostólicos", cuando ya no quedaba nadie vivo que hubiera conocido a ningún discípulo que hubiera conocido a Jesús ni a ninguno de sus primeros seguidores.

Esto fue en aumento hasta los días de la Iglesia medieval, cuando los escritos y referencias que nos han llegado muestran todos los tópicos y barbaries sobre la naturaleza de la mujer, atribuyéndosele una especial tendencia a la maldad, la inestabilidad en la fe y la inclinación a la práctica de la brujería.

De ahí se desprende que, para muchos estudiosos del tema, estas *etimologías populares* no fueran casuales ni fortuitas, ni tampoco confusiones lingüísticas, sino, antes bien, una serie de artimañas y complots con el objetivo de someter a la mujer y apartarla del ministerio ordenado de la Iglesia, y por ende de toda función destacada en la sociedad.

Examinemos un párrafo de "*Malleus Maleficarum*", en el se dice:

"Dicitur enim afemina, fe et minus, quia Samper minorem habet et seruat fidem."

"Porque está escrito: Fémina proviene de "fe" y "menos", porque (la mujer) siempre tiene y conserva menor fidelidad."

Pero retornando al tema del matrimonio, tanto los varones como las mujeres que caen en la miseria de semejante trato vejatorio, de falta de respeto amoroso, deberían considerar muy seriamente la manera en que sus madres trataban a sus maridos, y sus padres trataban a sus esposas.

En muchos casos, todo esto no es sino un patrón de conducta, un comportamiento aprendido, que va pasando de generación en generación, arrasando la sana convivencia a su paso y contaminando a la sociedad.

Aunque creemos que el respeto como el amor han de ser mutuos y recíprocos, parece como si se enfatizara que el amor ha de distinguirse fundamentalmente por el respeto, y en el respeto se enfatizara la primacía del amor.

Creemos que no puede ser más evidente la concomitancia entre ambos.

Hemos conocido a muchas parejas en las que la mujer se ha alardeado de dominar al marido, induciéndole a hacer todo cuanto ella quería, reduciéndole al *status* de “perro faldero”, y, al mismo tiempo, hemos conocido también a muchas parejas en las que él alardeaba de tener sometida a su mujer, como si se tratara de una esclava que besaba sus pisadas.

Las artimañas aprendidas y desarrolladas generación tras generación en las relaciones entre hombres y mujeres dentro del matrimonio, forman igualmente una tupida maraña de indignidades y desvergüenzas que igualmente van pasando generación tras generación, que son causa de muchísimas rupturas matrimoniales, y que sólo sirven para pasar a formar parte de una larga lista de chistes crueles tras los cuales se esconden historias muy dramáticas, especialmente para los hijos inocentes.

Un varón que cree en la eficacia de la corrección de su esposa en público, del mismo modo que cuando la mujer espera que la corrección pública del marido resulte beneficiosa, descubrirán tarde o temprano que semejante actitud sólo redundará en un mayor distanciamiento entre ambos.

Las palabras de crítica constante y continuado desdén son carcoma insufrible; como esa gota de agua constante que llega a horadar la piedra.

LA SEXTA COLUMNA.

“Un día el amor le dijo a la amistad: ¿Para qué existes si ya existo yo?”

Anónimo.

Génesis 2:22: *“Y de la costilla que YHVH Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre.”*

Se preguntaron los sabios antiguos de Israel cuál era la razón por la que la voz “vida” en hebreo es el vocablo “jayim” en plural.

Y la respuesta es que dicha voz es plural porque son necesarias dos vidas para crear una nueva.

Ni un varón ni una mujer por sí solos pueden procrear una vida nueva.

También dijeron los sabios de la tradición hebrea que la mujer no fue tomada del barro de la tierra, por lo que jamás debería ser tratada como tal.

Habiendo sido tomada del lado del varón, debería ser cuidadosamente atendida por él.

Cuando estos símbolos son entendidos y cumplidos, el matrimonio es como el anillo nupcial, un círculo tradicionalmente de metal precioso que no tiene ni principio ni fin, que sólo puede romperse cuando no gira en torno a la seguridad y el respeto, y pierde su valor cuando el amor deja de ser su fuerza vital.

Salmo 127: *“Cántico gradual; para Salomón. Si YHVH no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican; si YHVH no guardare la ciudad, en vano vela la guardia.*

Por demás es que os levantéis de madrugada, y vayáis tarde a reposar, y que comáis pan de dolores; pues que a su amado dará Dios el sueño.

He aquí, herencia de YHVH son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre.

Como saetas en mano del valiente, así son los hijos habidos en la juventud.

Bienaventurado el hombre que llenó su aljaba de ellos; no será avergonzado cuando hablare con los enemigos en la puerta.”

Salmo 128: *“Cántico gradual. Bienaventurado todo aquel que teme a YHVH, que anda en sus caminos.*

Cuando comieres el trabajo de tus manos, bienaventurado serás, y te irá bien.

Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa; tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa.

He aquí que así será bendecido el hombre que teme a YHVH.

Bendígate YHVH desde Sión, y veas el bien de Jerusalem todos los días de tu vida, y veas a los hijos de tus hijos. Paz sea sobre Israel.”

Cuando el varón y la mujer entienden el significado de ser coherederos de una misma herencia divina, provenientes de dos casas distintas, y ahora unidos por el vínculo de la alianza matrimonial en una sola casa presidida por el Padre Celestial, se produce un milagro que pasa inadvertido a millones que acometen el matrimonio sin reparar en sus implicaciones espirituales, es decir, trascendentes.

De ahí nuestra insistencia en que el matrimonio como alianza divina está a millones de años-luz del matrimonio secular.

Este último es un contrato de mutuo acuerdo que a veces puede durar toda la vida por tener raíces espirituales, aunque no sean formales, por cuanto el vínculo pertenece al corazón del hombre y de la mujer, y en otras ocasiones puede permanecer sólo por no haber habido otra opción.

La permanencia del matrimonio espiritual radica en la alianza establecida con el Autor del vínculo, y su fuerza proviene del Autor de la vida, bajo cuya autoridad se someten el varón y la mujer.

Este es el fundamento sobre el que reposa la seguridad de que ambos han sido destinados el uno para el otro.

La voluntad divina será el cimiento estable sobre el que podrán edificar una casa, un hogar, una familia, una vida en común, donde puedan ser acogidos los hijos que puedan venir.

De estos principios proviene la costumbre hebrea de celebrar la solemnización matrimonial (hebreo “*kidushin*”, “*santificación*”) bajo una “*jupá*”, voz que significa “*cubrir*” o “*proteger*”, generalmente formada por un manto sostenido por cuatro varas, que representa una casa abierta por todos los costados y que simboliza el futuro hogar de la pareja y la *Luz Divina* que rodea toda la Creación, de manera que la “*jupá*” cubre a los novios que se casan.

LA SÉPTIMA COLUMNA.

“Por el amor de una rosa, el jardinero es servidor de mil espigas.”

Proverbio turco.

Proverbios 18:22: *“El que halla esposa halla el bien, y alcanza la benevolencia de YHVH.”*

La benevolencia o favor inmerecido, es decir, la gracia divina a la que aquí se alude, fue interpretada por los sabios antiguos de Israel como referencia a que los esposos no somos merecedores de los favores y atenciones recibidos de nuestras esposas.

Se trata de uno de los muchos sabios consejos que Dios nos da en la Sagrada Escritura, y que numerosos varones, infortunadamente, nunca llegan a entender.

Se trata de un consejo en el cual se halla el camino de la perseverancia matrimonial y la sanidad contra la ruptura de dicho vínculo.

Proverbios 19:14: *“La casa y las riquezas son herencia de los padres; mas de YHVH la mujer prudente.”*

Todas las cosas verdaderamente importantes y vitales en nuestra existencia provienen de Dios.

Santiago 1:16-17: *“Amados hermanos míos, no erréis. Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación.”*

Y como tantas veces hemos repetido, las “cosas” más importantes de la vida no son “cosas” sino personas.

Hay una enseñanza de los sabios antiguos de Israel que afirma que *quien sueña con un río, con una olla o un pájaro* puede esperar la paz matrimonial.

Nos suena bastante extraño, ¿no es cierto? Esta es una enseñanza que ha venido siendo tradicionalmente aplicada a la vida de los esposos.

En su forma más simple, la paz es la ausencia de conflicto, pero no debe quedar en eso.

Es la situación en la que dos personas o grupos mantienen un contacto pacífico entre sí porque les permite servir y mantener sus propios intereses.

El símbolo de dicha relación es comparable a un *río*, como medio de comunicación entre dos ciudades unidas por el beneficio mutuo que el caudal del río les aporta.

En una forma algo más compleja, se da la paz cuando dos personas o grupos humanos se juntan para alcanzar una meta que por separado no podrían alcanzar.

Por ejemplo, los hombres se juntan para erigir puentes, horadar montañas, construir edificios, levantar ciudades.

Las empresas forman corporaciones para resultar más eficaces y competitivas.

Los trabajadores constituyen sindicatos para la defensa de sus intereses frente a los abusos de explotadores.

Los estados nacionales establecen pactos para defenderse de los posibles ataques de otros estados expansionistas e invasores.

Absolutamente nada de esto sería posible sin la unión con otros.

El principio responde a que juntos se pueden lograr objetivos que por separado jamás serían posibles.

Este tipo de paz fue simbolizado por los antiguos sabios de Israel como si fuera una *olla*, utensilio de cocina diseñado para guisar alimentos utilizando las cualidades del agua o del aceite y del fuego.

El agua sola o solamente el aceite arruinarían la comida, y si sólo contáramos con el fuego, éste la quemaría.

Pero a través del efecto mediador de la olla se crea un medio adecuado para la cocción.

La olla aprovecha las cualidades del agua y del aceite para retener el calor producido por el fuego para crear un producto comestible.

La olla hace posible una paz productiva entre el agua o el aceite y el fuego a favor de los alimentos que se van a cocinar.

El tercer tipo de paz fue simbolizado por un *pájaro*. Las aves poseen dos habilidades distintas: Sobrevivir en la tierra y volar libremente en el aire.

Son dos capacidades separadas entre sí, pero se combinan en un solo ser.

La manera en que camina un ave sobre la tierra se ve afectada por la forma en que fue diseñada para volar.

Y la manera en que vuela se ve igualmente afectada por su diseño para caminar sobre el suelo.

De ahí se desprende que los sabios escogieran la figura del *pájaro* para representar el estado de paz en el que dos naturalezas o dos entidades distintas se combinan en una sola unidad.

Los dos elementos de esta clase de paz no sólo trabajan juntos, sino que se han combinado en una sola entidad, formando algo que en estructura política sería una federación o confederación de diversos pueblos.

Todo observador se percata fácilmente que las federaciones y confederaciones son los sistemas estatales más estables en el mundo, por cuanto se fundamentan en el reconocimiento de la diversidad de los pueblos y el respeto mutuo y recíproco.

La *unidad dentro de la diversidad* es un absurdo impracticable, mientras que la *diversidad dentro de la unidad* es una realidad innegable.

Cada uno de estos tipos de paz pueden darse en un matrimonio.

El nivel más simple de paz matrimonial es en forma de *río*. Cada uno realiza sus funciones, pero cada uno vive su propia vida.

Pueden haber aprendido a evitar desacuerdos y discrepancias de manera pacífica.

Pueden incluso llegar a no discutir ni pelearse, pero su unión emocional es casi inexistente.

La paz bajo la figura de la olla se daría en un matrimonio en el que sus miembros son conscientes de que sus metas no serían jamás alcanzadas por separado.

Trabajan juntos y experimentan la formación de un estado de dependencia mutua.

De ahí se desprenden las dificultades en desempeñarse como proveedor para quien trabaja fuera del hogar y al mismo tiempo manejar todos los asuntos de la casa.

Ninguno de los dos puede ser padre y madre al mismo tiempo. Cada uno necesita del otro para que el hogar sea efectivamente funcional.

Pero esa relación es un amor dependiente de una causa. El matrimonio será fundamentalmente un medio para llevar a cabo sus metas.

Y cuando esas metas ya no existan, no habrá nada que los una. Así se producen cada vez más divorcios o separaciones que los sociólogos denominan de "*nido vacío*", cuando las parejas no han superado la "*paz de la olla*".

La atracción física ha disminuido, los hijos ya han dejado el hogar familiar – especialmente cuando la esposa ya no tiene necesidad del esposo para mantenerla- y deja de haber una razón para que el matrimonio permanezca unido.

La paz matrimonial representada por el *pájaro* es el nivel más elevado que puede darse.

Nace de un hondo sentimiento de identidad que cada uno de los miembros siente por el otro.

Tan vital ha podido llegar a ser la relación entre ambos, que ninguno de los dos se ve a sí mismo separado del otro.

Han sido capaces de crear una unión emocional que va más allá de la dependencia mutua o de la consciencia de los beneficios de estar juntos.

Cada uno de ellos se ha vuelto sensible a las necesidades del otro, como si fueran las suyas propias.

Han sido capaces de desterrar el “yo” y reemplazarlo por el “nosotros”.

¿Cómo podemos alcanzar este nivel de paz matrimonial? La respuesta radica en que la *paz del pájaro* depende de la *paz de la olla*, y la *paz de la olla* depende de la *paz del río*.

La pareja puede estar totalmente unida el uno al otro –*la paz del pájaro*– sólo después de que han vivido y trabajado juntos para alcanzar sus metas –*la paz de la olla*–, pues solamente entonces habrán aprendido a confiar el uno en el otro, mientras que sin esa confianza mutua y recíproca nunca podrían llegar a identificarse el uno en el otro.

Y sólo podrán vivir y trabajar con éxito si han aprendido a llevarse bien el uno con el otro en el nivel humano más elemental –*la paz del río*–, fundamento de todo crecimiento y desarrollo de la relación matrimonial y el establecimiento de una familia estructurada y funcional.

Sin embargo, cuando la *paz del río* no es superada, los matrimonios nunca aprenden a llevarse bien entre sí, con respeto y consideración, sin disgustos, ni enojos, ni rencores.

De ahí se desprende la importancia de concentrarnos más en “dar” que en “recibir”...

Aprender a dejar que pase el tiempo del disgusto para intervenir...

Renunciar a las expectativas irreales respecto al otro, evitando de ese modo la frustración creciente y el enojo...

No esperar la perfección en el otro, y evitar las comparaciones...

Evitar etiquetar aquellas cosas que no nos gusten del otro con nombres horribles...

Recordar que una alabanza cariñosa siempre será una motivación poderosa...

Ser conscientes de que la respuesta que obtengamos del otro será siempre acorde con la intencionalidad de nuestro mensaje...

Estar siempre dispuestos a transigir y tratar las discrepancias sosegadamente después de que haya pasado el momento del enojo...

Podemos estar de acuerdo en que no estamos de acuerdo, evitando las descripciones hirientes.

Los mensajes en “yo” son siempre más eficaces que el bombardeo del “tú”, porque “tú”, porque “tú”.

Me enseñaron una fórmula que suele funcionar muy bien: *“Cuando... me siento... porque...”*

La he compartido con muchas parejas, y en muchos casos ha resultado funcional.

“Cuando”..., describimos un hecho que nos resulta molesto... *“me siento”...*, describimos como nos sentimos nosotros... *“porque”...*, y explicamos las razones por las que nos sentimos mal o no nos sentimos bien, sin añadir nada más.

Si seguimos este patrón, sin hacer descripciones hirientes de la otra persona, lograremos que el otro entienda nuestras razones para sentirnos molestos, sin que tenga que entrar a la defensiva... *“porque tú, porque tú, porque tú...”*

Lo que haya salido mal en el pasado, ya pasó. No merece la pena discutir por el pasado, sino tratar de mejorar la situación presente...

Preguntémonos con frecuencia qué podemos hacer para mejorar la atmósfera de nuestro hogar, por cuanto ésta siempre es mejorable.

LA OCTAVA COLUMNA.

“El amor no tiene cura, pero es la cura de todos los males.”

Leonard Cohen (1934).

La gran influencia de la mujer sobre el varón puede desprenderse del texto de Génesis 3:12:

“ Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí.”

Adam procuró satisfacer a su mujer antes que satisfacer al Señor. Ese fue sin duda su gran error.

Un hombre de Dios debe aprender a distinguir entre la satisfacción de su esposa y andar conforme a la perfecta voluntad de Dios.

Una mujer de Dios debe aprender a distinguir entre la satisfacción que su marido demanda y la perfecta voluntad de Dios.

Alguien ha dicho que el esposo es como el capitán del barco y su esposa es como el viento y las velas.

No sé si este ejemplo satisfará a muchos o a pocos. Pero lo que sí sé es que sin velamen y sin viento de poco sirve que haya un capitán, por muy experto que sea, en el puente de mando.

Y de todos es sabido que poco puede hacer un capitán ante la fuerza de un huracán o una galerna.

Hay algunas mujeres que creen que la mejor manera de ser de ayuda a sus esposos es tomando el timón del matrimonio e ignorando al marido.

De igual manera, hay esposos que creen que el timón debe estar en sus exclusivas manos e ignorar completamente a su esposa.

El resultado de este común error es que el matrimonio será como una nave que gira en círculo sin avanzar en su rumbo, y, por lo tanto, sin alcanzar su destino.

Por el contrario, cuando la dirección del timón y el viento se aúnan y dirigen en el mismo sentido es cuando el navío avanza sobre las aguas.

La mayor alegría de un capitán es comprobar que su embarcación es una misma cosa con respecto al viento.

Proverbios 12:4: *“La mujer virtuosa es corona de su marido; mas la mala, como carcoma en sus huesos.”*

El mayor daño que puede sufrir una mujer es el maltrato de su marido, y el mayor daño que puede experimentar un varón es la carcoma de una mujer insensata:

Efesios 5:25-33: *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.*

Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama.

Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos.

Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne.

Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia.

Por lo demás, cada uno de vosotros ame a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.”

Proverbios 5:18: *“Sea bendito tu manantial, y alégrate con la mujer de tu juventud.”*

Sabio es el varón que motiva y estimula a su esposa, e igualmente sabia es la mujer que no avergüenza a su marido, sino que lo estimula.

El mutuo y respectivo apoyo es fuerte columna en la estabilidad matrimonial.

El grave error se produce cuando las madres, en lugar de enseñar a sus hijos y servir a sus maridos, pretenden enseñar a sus esposos y servir a sus hijos.

Por supuesto, esto es igualmente cierto aplicándolo a la actitud de los varones. Ninguna de estas enseñanzas es unidireccional.

Proverbios 19:13: *“Dolor es para su padre el hijo necio, y gotera continua las contiendas de la mujer.”*

LA NOVENA COLUMNA.

“¿Cómo entra el amor en una persona? Sólo si la puerta del corazón está abierta.”

Joaquín Yebra.

El matrimonio comprende una relación sexual íntima. La Biblia trata el tema sin rubor.

Proverbios 5:15-19: *“Bebe el agua de tu misma cisterna, y los raudales de tu propio pozo.*

¿Se derramarán tus fuentes por las calles, y tus corrientes de aguas por las plazas?

Sean para ti solo, y no para los extraños contigo. Sea bendito tu manantial, y alégrate con la mujer de tu juventud, como cierva amada y graciosa gacela.

Sus caricias te satisfagan en todo tiempo, y en su amor recreáte siempre.

¿Y por qué, hijo mío, andarás ciego con la mujer ajena, y abrazarás el seno de la extraña?”

No debemos confundir la lujuria con la pasión. La primera es una falta de autocontrol, y por lo tanto es pecado, mientras que la pasión es la inclinación y deseo ávido por amar a una persona, y, por consiguiente, es mandamiento divino.

En las Sagradas Escrituras, y en el libro del amor por excelencia, en el Cantar de los Cantares, hallamos una de las más hermosas descripciones líricas de la relación amorosa íntima, en la que se nos da la acción del varón y la respuesta de la mujer:

Cantares 7:6-12: *“¡Qué hermosa eres, y cuán suave, oh amor deleitoso!*

Tu estatura es semejante a la palmera, y tus pechos a los racimos.

Yo dije: Subiré a la palmera, asiré sus ramas. Deja que tus pechos sean como racimos de vid, y el olor de tu boca como de manzanas.

Y tu paladar como el buen vino, que se entra a mi amado suavemente, y hace hablar los labios de los viejos.”

(El hebreo original dice “*hace hablar los labios de los que duermen*”).

Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento. Ven, oh amado mío, salgamos al campo, moremos en las aldeas.

Levantémonos de mañana a las viñas; veamos si brotan las vides, si están en cierne, si han florecido los granados; allí te daré mis amores.”

Recordemos la sabia palabra apostólica que nos llega de la pluma de Pablo en la Primera Carta a los Corintios 7:1-6, un pasaje en el que el Apóstol reconoce las dificultades del matrimonio entre aquellos hermanos nuevos en la fe de Cristo Jesús, procedentes del paganismo, carentes de la enseñanza ancestral del pueblo hebreo, por lo que llega a decirles que sería mejor que no tocasen mujer. No olvidemos el ambiente de permisividad y relajación moral reinante en la ciudad de Corinto y su entorno.

Las instrucciones que el Apóstol Pablo les da servirán siempre para toda pareja matrimonial:

“En cuanto a las cosas de que me escribisteis, bueno le sería al hombre no tocar mujer.

Pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido.

El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido.

La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido.

Ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer.

No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración.

Y volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia. Mas esto digo por vía de concesión, no por mandamiento.”

El sentimiento de satisfacción, gozo y placer íntimos forman parte del diseño de Dios para el matrimonio entre un varón y una mujer, para lo cual no se requiere ser expertos, sino que el descubrimiento de dicha intimidad es el propio proceso de la vida matrimonial como experiencia continuada.

LA DÉCIMA COLUMNA.

“Todo gran amor no es posible sin dolor.”

Proverbio italiano.

El matrimonio representa el misterio de la relación del Mesías con su pueblo Israel.

Así lo entendieron los sabios antiguos. De ahí que compararan el libro del Cantar de los Cantares, de Salomón, con el diálogo entre Israel, la novia de Dios, y su Amado, desde el Éxodo de Egipto hasta el día de la llegada del Mesías.

Por eso se expresaba *Rabí Akibá* (50-135 d.C.) en los siguientes términos:

“Todos los siglos no son dignos del día en que el Cantar de los Cantares fue dado a Israel, porque todos los ‘ketubim’ (los ‘Escritos’, diferenciándolos de la ‘Torá’ –el ‘Pentateuco’- y los ‘Neviim’, los ‘Profetas’) son sagrados, pero ninguno tanto como el Cantar de los Cantares.”

Efectivamente, el libro de Cantares (hebreo *“Shir HaShirim”*, literalmente *“Cantar los Cantares”*, es decir, el *“Cantar por Excelencia”*, es un poema lírico de esperanza y canto de primavera, por cuanto la esperanza de un pueblo reposa en su libertad, y su libertad en su apego a la Palabra del Dios, quien es Amor para toda la humanidad.

Los sabios antiguos de Israel vieron en el Cantar de los Cantares la marca del cortejo de Dios e Israel hacia la solemnización de la Alianza Matrimonial en el Sinaí con la entrega del Decálogo para que Israel nunca más sufriera bajo la garra opresora del imperio de turno, ni ellos jamás fueran esclavizadores de otros pueblos.

Dedujeron, pues, que en este escrito se encuentran muchos de los misterios del pacto matrimonial, mediante el cual el *Santo de los Santos* deposita su *“Rúaj HaKodesh”*, su *“Espíritu Santo”*, en esa unidad y en los hijos que les nacerán, los cuales estarán conformados de la carne de ambos que se habrá unificado en ellos.

El sentido de importancia del matrimonio y su santidad se desprende del texto de Génesis 5:1-2, donde se muestra que en la unión matrimonial alcanza el ser humano el nivel de persona más completa:

“Este es el libro de las generaciones de Adam. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó, y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adam, el día en que fueron creados.”

“Los creó”, “llamó el nombre de ellos” y “fueron creados”, son expresiones en plural, por cuanto mientras están separados son dos individualidades, pero tras la unión, el conjunto es llamado “Adam”, “hombre”, en singular.

Por lo tanto, y en virtud del alto grado de pureza que se alcanza mediante la unión matrimonial, un varón y una mujer constituyen con su vínculo un templo, una casa de santidad no hecha de manos humanas para que Dios haga morada y habite en ella.

Asimismo, será necesario mantener la pureza de semejante “*casa-miento*” no permitiendo que ninguna impureza penetre en dicha morada de amor.

Este sentido del matrimonio se desprende de lo dicho por el Señor en Éxodo 25:8:

“Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos.”

Observemos que no fue dicho por el Señor “*habitaré dentro de él*”, sino “*en medio de ellos*”.

Siendo el matrimonio semejante a la construcción de una “*casa*”, para mantenerlo en condiciones de habitabilidad será necesario conservarlo limpio y ordenado.

De lo contrario, *habitar en esa casa* no será placentero. De manera que será menester limpiar, ordenar y arreglar todo lo que se vaya deteriorando en el transcurso del tiempo, algo totalmente inevitable.

Es importante tener muy presente que los términos que expresan ofensa o agresión han de mantenerse fuera de la relación matrimonial para que no afecten a la convivencia, particularmente teniendo en cuenta que son acumulativos y que actúan como agentes destructores del templo sagrado en el que Dios ha venido a morar.

La consideración y el cuidado amoroso entre varón y mujer son los elementos que forman la complementariedad indispensable para el funcionamiento armónico del matrimonio.

Todos los esfuerzos por mejorar nuestra comprensión mutua y recíproca no serán en vano, sino que aumentarán la sabiduría que precisamos para el mantenimiento armónico del matrimonio:

Proverbios 7:4-5: *“Di a la sabiduría: Tú eres mi hermana, y a la inteligencia llama parienta; para que te guarden de la mujer ajena, y de la extraña que ablanda sus palabras.”*

Proverbios 9:10: *“El temor de YHVH es el principio de la sabiduría, y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia.”*

Proverbios 24:3: *“Con sabiduría se edificará la casa, y con prudencia se afirmará.”*

Además, el testimonio de la pareja será apreciado por los hijos y los nietos, contribuyendo a la generación de una dinastía de hombres y mujeres honorables, temerosos de Dios, y no simplemente creyentes mundanos por la gracia barata, la fe filosófica, sin compromiso de obediencia, la que siempre degenera en libertinaje:

Judas 4: *“Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo.”*

GRANDES ERRORES EN EL CAMINO MATRIMONIAL.

“Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios.”

Hebreos 13:4.

El matrimonio es una empresa que requiere todo el esfuerzo que podamos realizar para establecerlo sobre bases sólidas.

El primer error es acometerlo rápidamente. El riesgo de fracaso matrimonial se reduce si tomamos el tiempo necesario para no tomar una decisión precipitada.

El segundo error es casarse demasiado jóvenes. En la juventud temprana la formación de la plena identidad de la persona no está sólidamente hecha.

El tercer error es estar demasiado ansiosos por casarse. La ansiedad, en este caso como en todos los demás, no permite ver con claridad la realidad objetiva.

La ansiedad se centra en la celebración nupcial y en el viaje de luna de miel, cuestiones eminentemente sociales; pero el matrimonio es para toda la vida.

El cuarto error es escoger a un compañero, a una compañera, para agradar a alguien más, para complacer a otras personas, como padres, familia, etc.

El quinto error es tomar una decisión matrimonial dentro de una experiencia limitada.

Esto es frecuente cuando la pareja no ha compartido situaciones que les hayan permitido conocerse mejor.

Salir al cine, al teatro, a una fiesta, pasear por el campo o ir a la playa no es fundamento para establecer el matrimonio.

Es imprescindible hablar del proyecto familiar, considerar juntos los asuntos de la vida cotidiana, de un presupuesto de economía doméstica, de la realidad de las respectivas familias, etc.

El sexto error consiste en tener expectativas poco o nada realistas.

No tiene fundamento pensar que después de casados vamos a ser capaces de cambiar a la otra persona.

Este es un error muy extendido: Casarse con el potencial es muy equivocado. Si no se está satisfecho con la persona como es ahora, es erróneo casarse esperando que se produzcan grandes cambios.

Hemos conocido parejas en las que él era alcohólico, y ella estaba convencida de que al casarse podría cambiarle y apartarle de la bebida.

La realidad es que después de casarse, bajo mayores tensiones que siendo soltero, el esposo aumentó notablemente el consumo de alcohol y también aumentaron los problemas en la pareja.

Pensar que el amor apasionado resolverá todos los problemas es una quimera, una historia de Hollywood muy alejada de la realidad.

El séptimo error es escoger a una persona para el matrimonio enfocándose más en al química que en el carácter.

Hay varios aspectos del carácter que hemos de considerar antes de acometer el matrimonio:

La humildad, la bondad, la responsabilidad y la estabilidad emocional, son mucho más importantes que todos los aspectos externos y apariencias.

Es necesario preguntarse si nos gustaría ser como esa persona con quien aspiramos a compartir nuestra vida.

El octavo error radica en involucrarse sexualmente de forma muy rápida, antes del matrimonio, por cuanto las relaciones íntimas prematrimoniales postergan e incluso hacen olvidar completamente los temas verdaderamente importantes que la pareja debe tratar antes de establecer el matrimonio.

El noveno error en el camino matrimonial es anteponer otras cosas a la relación emocional profunda imprescindible para acometer la vida en común.

¿Hay respeto y admiración hacia esa persona por su entrega, lealtad, determinación, responsabilidad, estabilidad emocional, perseverancia, o solamente nos impresiona su aspecto exterior, sus bienes materiales, sus relaciones sociales?

Y el décimo error: ¿Se siente seguridad y paz al lado de esa persona, o por el contrario nos hace sentirnos incómodos e inseguros?

¿Podemos ser nosotros mismos y expresarnos con toda libertad o por el contrario sentimos temor de mostrarnos abiertamente como somos?

Podríamos alargar la lista de errores frecuentes en miles de parejas, pero lo que es absolutamente imprescindible es que tratemos los rasgos y hábitos personales negativos antes de emprender la vida matrimonial. Para esto lo fundamental es la sinceridad en la relación prematrimonial.

Un noviazgo limpio y sano será siempre un buen aprendizaje para acometer el matrimonio.

El vínculo legal o religioso del matrimonio no acabará con problemas de alcoholismo, drogodependencia, ludopatía, compulsión a las compras innecesarias, dedicación obsesiva a las redes sociales o falta de integridad sexual.

De no resolver esas cuestiones antes de establecer el matrimonio, las tensiones irán en aumento constante y los problemas se volverán cada vez mayores y más difíciles de manejar.

Acometer el matrimonio sin haber resuelto problemas personales de importancia es una auténtica locura, de la que hay millones de parejas en el mundo hondamente arrepentidas.

El error por excelencia radica en olvidar que el seguimiento que Jesús de Nazaret nos propone es un camino dedicado a la vida, no simplemente asistir al culto una vez a la semana, cantar unos himnos, escuchar un sermón y depositar una ofrenda.

Los mandamientos de Dios nuestro Señor nos han sido entregados para que vivamos con ellos, de lo que se deduce que fuera de ellos sólo hay muerte:

Levítico 18:4-5: *“Mis ordenanzas pondréis por obra, y mis estatutos guardaréis, andando en ellos. Yo YHVH vuestro Dios. Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, los cuales haciendo el hombre, vivirá en ellos. Yo YHVH.”*

Por eso es que los sabios antiguos de Israel compararon la Santa Ley de Dios con el agua, símbolo de la vida:

Isaías 55:1: *“A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche.”*

¿Pero cómo podremos poner por obra los mandamientos del Señor, si nuestra vieja naturaleza carnal los contempla como pesadísimas cargas imposibles de obedecer?

La respuesta está en las palabras de Jesús de Nazaret en el Evangelio:

Juan 3:3-6: *“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios.”*

Nicodemo le dijo a Jesús: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?

Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios.

Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.”

Juan 7:37-39: *“En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.”*

El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.”

Es después de haber nacido de nuevo, del Espíritu Santo, cuando los mandamientos del Señor dejan de ser pesadísimas cargas para nosotros, y se convierten en delicias de nuestro Dios bajo su gracia, la cual también nos permite ver su propósito y alcance.

El agua y el Espíritu son igualmente imprescindibles para que el matrimonio conserve la lozanía de la vida según Dios, es decir, el amor y la santidad, sin los cuales no podremos crecer, prosperar y vivir física y espiritualmente.

No es casual que nuestro Señor y Salvador Jesucristo nos haya dicho que del Espíritu Santo no hemos de esperar teología dogmática, sino ríos de agua de vida.

CONCLUSIÓN

“Preguntaron a los sabios antiguos: ¿Por qué el hombre propone el matrimonio a la mujer y la mujer no lo hace con el hombre? Y respondieron diciendo: Simplemente porque el hombre busca esa parte que ha perdido, pero la parte perdida no le busca a él.”

Dijeron los sabios antiguos de Israel que el nombre original del hombre, según fue dado por Dios, fue “Adam”, por la “arcilla roja” (“adamá”) de la que fue tomado.

Pero desde que Dios proveyó la ayuda idónea de la mujer se le llamó “ish”, “varón” e “ishá”, “varona”.

Y el Santo -¡bendito sea!- puso su Nombre entre ellos dos para que, guardando sus caminos, su Nombre quedara intercalado entre ellos y los condujera a lo largo del camino de la salvación.

Pero de lo contrario, el Eterno retiraría su Nombre bendito y ambos se convertirían en “esh”, “fuego”, con el agravante de que “el fuego devora al fuego”.

En una reflexión tan sencilla se encuentra la sabiduría para que el camino del matrimonio sea firme y estable.

Los sabios antiguos de Israel enseñaron que varón y mujer se pertenecen el uno al otro, y esa demanda de unificación es el núcleo del misterio del amor que apela a desarrollarse nuevamente juntos.

De ahí se desprende que todo ser humano intuya esta pertenencia mutua, y no tenga plena tranquilidad ni paz duradera hasta encontrarse a sí mismo, a sí misma, en el otro, lo que significa llegar a ser “uno”.

Dios en su infinita misericordia creó el numeral “dos”, representado por la letra “bet”, cuyo significado es “casa”, para que el varón y la mujer pudieran participar en la dicha de la unificación.

Así es como podemos aprender que toda dualidad –como el día y la noche, la luz y la oscuridad, la vida y la muerte, la justicia y la injusticia, la riqueza y la pobreza, la salud y la enfermedad, lo concreto y lo manifiesto, pueden llegar a ser de la misma manera el “uno”.

Y Dios es uno, único, incomparable e inimaginable, quien deseó dar en la Creación aquello que Él mismo experimenta ininterrumpidamente, englobándolo todo en quietud y pacificación.

Así es como podemos aproximarnos al sentido de la herencia de Jesús de Nazaret, quien nos lega la “paz”, su “paz”, pero no como el mundo la da.

El hombre fue creado de esa manera, a imagen y semejanza de Dios, hombre y mujer como un solo ser, o como lo expresa la tradición hebrea, un ser con “dos rostros”, como un ser de “doble faz”.

Por eso dijo Dios que no era bueno que el hombre estuviera solo, “solo frente a Dios”, y optó en su soberanía por hacerle un “ayudante”:

Génesis 2:18: “Y dijo YHVH Elohim: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él.”

El sentido de la frase hebrea es muy distinto del que le hemos atribuido en la cristiandad occidental.

Podríamos leerlo: “le haré un ayudante para que lo rodee”, es decir, para que esté “frente a él”. Esa lectura nos acerca mucho más al sentido hebreo de la misma.

Ese es el origen del dualismo masculino-femenino, el que igualmente se da en todo aquello con lo que los humanos entramos en contacto.

Dios sumergió al hombre en el estado de “tardemá”, que podemos traducir por “sueño profundo” u “obnubilación”, voz que también comprende el sentido del “descanso”, del “reposo”.

Y en ese estado es cuando Dios produjo la división que hizo que los seres humanos lleguemos a ser una dualidad llamada a la unificación.

La voz hebrea que la tradición cristiana denomina “costilla”, como ya vimos anteriormente, es una pobre traducción, por cuanto el hebreo “tsela” es “lado”, “muro lateral sobre el que reposan las vigas de la casa”. Y de esa misma familia nos llega el vocablo “tselem”, cuyo significado es “imagen”, cuya raíz es “tsel”, “sombra”.

Dios ha separado uno de los “lados” del hombre, el femenino, que formaba junto con el masculino la unidad armónica que tendrá que procurar hallar para que se vuelva a producir la unión.

Entonces, después de la separación original, se produce el encuentro con la “serpiente”, que en hebreo es la voz “najash”, emparentada con “Mashiaj”, “Mesías”, “Ungido”.

Ahí radica la astucia de la “serpiente antigua, que es Satanás”, en hacer el papel de “salvador”, siendo, antes bien, el *engañador*.

Hay muchas más cosas que podríamos decir acerca del matrimonio. Nos hemos limitado a lo que consideramos básico.

Lo hemos presentado bajo diez epígrafes en honor del Decálogo Divino.

DIEZ COLUMNAS PARA EL MATRIMONIO SEGÚN LAS SAGRADAS ESCRITURAS.

Sería bueno que tú, amable lector, fueras añadiendo columnas, vigas, traviesas y demás elementos del armazón matrimonial, de su estructura vital, y que lo hicieras desde la propia experiencia de tu corazón.

Mucho amor.

Joaquín Yebra, pastor.